

AÑO 3

NOVIEMBRE DE 1989

No. 5



SEGUNDA EPOCA

**BOLETIN DE LA
ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA**



SAN JOSE, COSTA RICA

460.6
B688b Boletín de la Academia Costarricense de la
Lengua. -- San José : Imprenta Nacional.
v.

1. Academia Costarricense de la Lengua -
Boletines. I. Título.

DGB/PT

90-04

BOLETIN DE LA ACADEMIA COSTARRICENSE
DE LA LENGUA

Inscripción a 4 números ¢ 80,00

Precio de este cuaderno ¢ 25,00

Editor responsable:

Sr. D. Arturo Agüero Chaves

SUMARIO

	<i>Pág.</i>
La lengua castellana en la época del descubrimiento de América y el aporte americano que recibió	7
Cuando floreció lo marchitó	21
Daniel Gallegos y Alberto Cañas: su estatuto del hacer	26
El trueque	41
La bruja	46
Enmiendas y adiciones a los diccionarios propuestos por la Corporación durante el mes de marzo de 1988	55

Academia Costarricense de la Lengua.
Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua:
correspondiente de la española.

San José: Imprenta Nacional, 1990.

MIEMBROS DE LA ACADEMIA COSTARRICENSE
DE LA LENGUA EN 1989

Sr. D. Arturo Agüero Chaves, Director

Sra. Dña. Virginia Sandoval de Fonseca, Secretaria

Sr. D. Jorge Charpantier García, Tesorero

Sr. D. Alberto F. Cañas

Sr. D. Isaac Felipe Azofeifa

Sr. D. José Basileo Acuña

Sr. D. Francisco Amighetti

Sr. D. Alfonso Ulloa Zamora

Sr. D. Carlos Rafael Duverrán

Sra. Dña. Carmen Naranjo

Sr. D. Fabián Dobles

Sr. D. Fernando Centeno Güell

Sr. D. Roberto Murillo Zamora

Sr. D. Eugenio Rodríguez Vega

Sr. D. Joaquín Gutiérrez Mangel

Sr. D. Jézer González Picado

Sr. D. Daniel Gallegos



LA LENGUA CASTELLANA EN LA EPOCA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA Y EL APORTE AMERICANO QUE RECIBIO

Arturo Agüero Chaves

Movido por el grato deseo de colaborar con el Instituto Costarricense de Cultura Hispánica y la Comisión Organizadora del Quinto Centenario del Descubrimiento de América en la celebración de la Semana de la Hispanidad, he ofrecido esta conferencia en nombre de la Academia Costarricense de la Lengua y en el mío, la cual versará sobre el estado en que se hallaba nuestra lengua en la época del descubrimiento de América, su evolución al difundirse por este Continente y el aporte que recibió de las lenguas indígenas americanas.

Necesariamente, desde luego, debemos situarnos en las postrimerías del siglo XV, propiamente en 1492, año venturoso y providencial, fecundo en sucesos trascendentales y pródigos que fueron la fructificación de arduas y tesoneras empresas, de temerarias y heroicas gestas acometidas por España, como la rendición de Granada el 2 de enero de 1492, el descubrimiento de América el 12 de octubre, y entre ambas fechas, en agosto del mismo año, la aparición de una obra muy importante: la *Gramática de la lengua castellana*, escrita por el gran humanista y reformador de la enseñanza universitaria salmantina Elio Antonio de Nebrija. Con el primer suceso culminó la patriótica y heroica, gesta de la Reconquista, y se consumó así la unidad nacional de España; con el asombroso hallazgo del Nuevo Mundo comenzó una nueva empresa que también sería secular y no menos temeraria y heroica: la exploración y conquista de un vastísimo, inhóspito y huraño Continente; y con la *Gramática* de Nebrija se le daba a la lengua castellana el rango merecido que tenía el latín: el ser vehículo de cultura.

Con estos importantes acontecimientos coincidía el avanzado proceso de unificación y difusión de la lengua castellana, realidad que Nebrija tomó en cuenta para intentar darle fijación a su sistema por medio de normas gramaticales, y en 1493 ordenación a su Léxico en su *Vocabulario español-latino*. La *Gramá-*

tica de aquel clarividente precursor del Renacimiento español fue la primera que apareció en Europa, sobre una lengua neolatina, o vulgar, como se consideraban todavía las románicas. Nebrija consideró que ya la castellana se hallaba “tanto en la cumbre, que más se puede temer el descendimiento que esperar la subida”. Por eso pretendió fijarla, darle uniformidad y perpetuarla; y en el mismo prólogo de su obra le decía a la Reina Isabel que cuando ella “metiese debaxo de su iugo muchos pueblos bárbaros e naciones de peregrinas lenguas, e con el vencimiento aquellos tenían necesidad de recibir las leies quel vencedor pone al vencido, e con ellas nuestra lengua, entonces por esta mi arte, podrían venir en el conocimiento della, como agora nosotros deprendemos el arte de la gramática latina para deprender el latín”.

Este profético razonamiento se confirmó apenas dos meses después, cuando se descubrieron los presentidos pueblos “e naciones de peregrinas lenguas”, el 12 de octubre de aquel año, venturoso no solamente para España y América, sino también para todo el orbe. A partir de aquel año la lengua castellana sería lo que dijo Nebrija, “compañera del imperio”, sería la expresión imperial y el alma —no el arma— de conquista en estas promisorias tierras de América. En aquel estado de formación, aunque no “tanto en la cumbre”, como estimó Nebrija, pero sí suficientemente apta para la expresión oral y escrita más exigente y aun artística, la lengua castellana surcó las aguas del Atlántico y en ella se dijo la presentida cuanto ansiada exclamación de Triana: “¡Tierra!” y entonces, definitivamente, la lengua general de España echó anclas en la Española para difundirse luego, hazañosa y sin reposo, por todo el Continente colombino. Y mientras aquí conquistaba pueblos y los incorporaba a la cultura, en la Metrópoli era el vehículo y materia prima de admirables obras literarias. La unidad nacional ya estaba confirmada para siempre, y entonces el castellano fue por antonomasia el idioma español.

He dicho antes que la unificación de este idioma estaba muy avanzada en aquella época, y ciertamente lo estaba si su estado se comparara con el de la época inmediatamente anterior, o sea el de la primera mitad del siglo XV, puesto que ahora, en las postrimerías de este, habían desaparecido muchas inseguridades expresivas, así como varias alternancias fonéticas y gramaticales; entonces los hispanohablantes ya no incurrían en vacilaciones tales como la que provocaba la alternancia de *—t/—d* (*voluntat/voluntad, mercet/merced*), ahora solamente se oía la *—d* actual, salvo raras excepciones. Aunque todavía se escribiera *f—* en la lengua literaria, lo cierto es que ya se había generalizado su

transformación en *h*—, la que ni siquiera se aspiraba ya en Castilla la Vieja (*fermoso* >) *hermoso* > *ermoso*). Los grupos latinos de consonantes, llamados “cultos” porque aparecen en cultismos, como *kt*, *ks* (signo ×), *gn*, *mn*, etc., se habían reducido conforme a la pronunciación vulgar, y así se decía *perfoto* (“perfecto”), *esato* (“exacto”), *dino* (“digno”), *coluna* (“columna”)... Con respecto a la morfosintaxis ya no se usaban las formas verbales en —ades, —edes, —ides, sino las actuales en —áis, —éis, —ís, así, por ejemplo: *amades* > *amáis* (> *amás*), *tenedes* > *tenéis* (> *tenés*), *venides* > *venís*. Además, oíase poco el adjetivo posesivo precedido del artículo, como *el tu amigo*, *la mi madre*, era más frecuente el uso de la forma actual: *mi amigo*, *mi madre*.

Sin embargo continuaban muchas formas medievales, como algunas alternancias fonéticas y sintácticas debidas a las inseguridades expresivas, tales como vacilaciones respecto del timbre vocálico (*recebir/recibir*, *cevil/civil*, *sepoltura/sepultura*, *mochacho/muchacho*), o el cambio de vocal velar por palatal (*hospital* < *espital*). Así mismo continuaron algunos sonidos que luego desaparecieron, como el de /g/ (parecido al de /ch/ francesa), convertido más tarde en la jota castellana, después de haberse pronunciado /S/ y escrito /X/: *dixo* (*díso*) > *dijo* (—*díxo*); el de /s/ sonora, como en *casa* (*káza*), *frente a* /s/ sorda, escrita /ss/: *metiesse* (*metjése*); el de zeta sonora [Z], escrito /z/ o /c/: *hacen* (*hazér*), *frente al de zeta sorda* [o]: *Alteca* (*altésa*). Algunos de estos sonidos aún existen, pero sin valor fonológico, sino como alófonos, o sean variantes combinatorias de los fonemas /s/ y /o/. También frente al /s/, escrito /x/, sordo, existía el correspondiente sonoro, representado con los signos /j/ o /g/ (*trabajo*, *coger*).

Respecto de la morfosintaxis, puede indicarse que aún se decía *el espada* por *la espada*, *seido* por *sido*, *só* por *soy*, *vo* por *voy*, *estó* por *estoy*; y había contracciones como *della* (de ella), *quel* (que el), *deste* (de este), y las formas *aqueste*, *aquesta*... por *este*, *esta*... y muchas otras formas lingüísticas que siguieron vigentes durante el Siglo de Oro, usadas incluso por los grandes autores literarios de la época, como Fray Luis de León, Garcilaso, Santa Teresa, Lope de Vega, Cervantes, etc.; formas que todavía suelen oírse en el habla popular, sobre todo rural, que por motivos obvios es la más conservadora: *celebro*, *mesmo*, *escribir*, *recebir*, *sepoltura*, *espital*, *agora*, *la calor*, *aina* y muchas más; las oigo todavía en boca de campesinos más jóvenes, o mejor dicho, menos viejos que yo, inclusive formas verbales como *vide*, *vido*, *truje* y *trujo*. Son para mí como el vino añejo español, conservado, tanto en viejos odres castellanos, como en nuestras tinajas de barro tico y en las de otros países hispánicos.

Tal era, pues, a grandes rasgos, el estado formal de la lengua castellana en aquellos días del descubrimiento de América, el que se hablaba y escribía cuando agonizaba el siglo XV y se anunciaba el XVI; el estado de lengua que podemos leer en el mismo Nebrija y otros escritores que propiamente no cultivaron la literatura, y por eso sus escritos estaban más cerca de la lengua hablada en aquel tiempo.

Ahora bien, ¿Fue dicho estado de lengua la base del español americano? Esta pregunta podría extrañar a quienes ignoren que hay varias opiniones acerca de cuál fue la base del español que hablamos en América: para unos fue el anteclásico (Max Leopold Wagner, *El español de América y el latín vulgar*, traducción de Américo Castro y Pedro H. Ureña), para otros, el popular de aquella época, y para otros el de los andaluces (Rafael Lapesa, "El andaluz y el español de América", en *Presente y futuro de la lengua española*, Vol. II). Considero que Amado Alonso, en su obra *Estudios Lingüísticos. Temas Hispanoamericanos*, ha considerado este asunto con mucha erudición y razones muy convincentes; por eso conviene saber lo que opina este ilustre filólogo con respecto a este problema. Para él es erróneo sostener que la base del español americano fuera el anteclásico, porque sería confundir la lengua, en general, con la lengua particularmente literaria. Dice: "Lengua clásica es solamente la de las obras literarias que tengamos por clásicas, la cual, como todo lenguaje literario, es especial, una elevación del idioma por elaboración artística. El idioma hablado por la gente, por los aguadores y los obispos, por los oidores y los soldados, por los catedráticos y los bedeles, no es ni puede ser nunca clásico, y, por lo tanto, anteclásico". Y añade que se comete otro error al pensar "que el español que se habla en la extensa América es un derivado concretamente del idioma que en 1492 trajeron los compañeros de Cristóbal Colón en la Pinta, la Niña y la Santa María... Como si la tripulación descubridora hubiera puesto en la Isabela o en la Española un huevo lingüístico, hubiera escondido un día en la tierra una invasora semilla lingüística que desde allí se hubiera ido extendiendo y multiplicando hasta cubrir las islas y los continentes..." y termina diciendo sobre este particular que "no perduran en América, ni menos son su base, ni la pronunciación del siglo XV (cambiada en el XVI), ni las palabras ni las formas sintácticas que en España quedaron obsoletas en el siglo XVI".

Con respecto a la tesis de que el español popular fue la base del americano, el señor Alonso dice que ciertamente América fue conquistada por el pueblo español, pero que esto no significa necesariamente que su lengua fuera la popular en el sentido de plebeya, la de la gente ineducada exclusivamente, aunque tam-

poco vino solamente la de los letrados y literatos. Vino el idioma hablado, como el latín que difundieron los romanos en sus colonias. La verdad es que con los españoles plebeyos venían personas cultas, más de las que podrían imaginarse: frailes, hidalgos, caballeros, nobles, quienes jamás hablaron el idioma de la confusión entre lengua literaria y coloquial, o entre lengua plebeya y popular. Para corregir esta errónea creencia, Alonso advierte: "Pero no se entienda por 'pueblo' la gente ineducada. Léase en Bernal Díaz del Castillo, cap. 206 de su *Historia Verdadera*, la lista de los compañeros de Hernán Cortés. Tráiganse a la memoria hechos de todos conocidos: los cinco hermanos de Santa Teresa en América, la cantidad proporcional de frailes en la conquista y en la primitiva colonia (sin duda, como clase, la más culta de España), el brillo aristocrático de las cortes virreinales, la aparición tempranísima de las imprentas y de las universidades, el cultivo colonial del teatro... y se verá que el 'pueblo' que se desgajó de España para poblar América y construir en ella tal cultura estaba compuesto de rústicos, villanos, artesanos, clérigos, hidalgos, caballeros y nobles, aproximadamente en la misma proporción que el pueblo' que quedó en España..." Y todavía objeta el malogrado filólogo: "Se suele decir como cosa de hallazgo que el lenguaje que los españoles trajeron a América no fue el literario de Garcilaso, de Fray Luis o de Cervantes, sino el castellano vulgar, así como los romanos llevaron a sus provincias el latín vulgar. Verdad paladina, que suele ser fuente de error. El español que los conquistadores y colonos llevaron a las Indias no era el de los poemas y novelas; pero tampoco lo es el usado en ninguna parte... ¿Se imagina uno a un romano aconsejando en la vida práctica con hipérbaton de estricto mosaico: *Aegum memento rebus in arduis servare mentem?* ¿Se imagina uno siquiera a un español del siglo XVI dando la noticia, nada extraordinaria, de que 'del monte en la ladera/ por mi mano plantado tengo un huerto?' Cada palabra era de uso común, pero su ordenación artística era absolutamente inadmisibles en el lenguaje hablado... El lenguaje literario, en lo que de literario tiene, obedece primordialmente a designios estéticos; en sí mismo es obra de arte." Y termina diciendo que el lenguaje siempre ha sido "rústico en los rústicos, vulgar en el vulgo, culto en los cultos, lo mismo en América que en España... No se podrá sostener, ni menos probar, que las discrepancias observables entre el español de aquí y el de allá se deben a que en el siglo XVI el de América era más plebeyo o vulgar que el de la Península".

Amado Alonso también adversa la tesis de quienes han considerado que la base del español americano fue el de los andaluces (es la de algunos profesores norteamericanos, la de Cuer-

vo en lo que toca al voseo, la de Lapesa, etc.) Esta creencia obedece a la coincidencia de algunos rasgos fonéticos, sobre todo, entre uno y otro, como el seseo, la articulación predorsal y no apicoalveolar de la /s/, la aspiración de la s] (implosiva), que se pronuncia en varias regiones americanas (como en la provincia costarricense de Guanacaste) y el yeísmo, principalmente, fuera de algunas coincidencias léxicas, todo lo cual da la impresión de andalucismo en nuestro español. Y como esta impresión se basa principalmente en dos rasgos de pronunciación, el seseo y el yeísmo, entonces don Amado descarta la posibilidad de que el andaluz sea la base del español americano porque, según él, “el yeísmo está documentado antes en América que en España”, y “el seseo, al revés, pero en América con proceso autóctono y además lingüísticamente heterogéneo con el andaluz”. El seseo, el yeísmo y los otros rasgos fonéticos del español americano son, para Alonso, el producto de una evolución autóctona, independiente, propia de Hispanoamérica. Dice que nuestro español “es variadísimo en las distintas regiones y zonas, y en las que fueron más importantes en los siglos coloniales no tiene nada de andaluz. Su español rústico (para atender a lo de más sabor regional) y el de los rústicos andaluces son todo lo antípodas que pueden ser dos dialectos de nuestro idioma”. Y, según sus datos, históricamente no se justifica tampoco “La supuesta población de América por los andaluces”, puesto que no fueron más que los castellanos. De modo que para Amado Alonso ni el seseo, ni la /s/ predorsal, ni el yeísmo se produjeron en América por influencia de los andaluces. El trasplante del seseo a Hispanoamérica no fue trasplante, no vino de Andalucía ni de Castilla: se desarrolló en América, por etapas, y aunque los andaluces venidos a este Continente lo fomentaron, aun sin ellos se habría desarrollado. Y tampoco el yeísmo se produjo en América por influencia de los andaluces, y ni siquiera podría decirse con certeza que esta pronunciación se propagó de Andalucía a otras regiones de España donde ahora existe, como en algunos pueblos de Extremadura, Salamanca, Asturias y las dos Castillas. Después de un estudio muy convincente sobre este punto, Alonso apoya esta opinión con razones muy aceptables. Dice: “Un vistazo a la distribución geográfica del yeísmo por España y fuera de España, convence de que no ha habido en la historia de su pronunciación un foco de propagación de diverso alcance... Andalucía ha sido probablemente la primera en cumplir el yeísmo dentro de España, pero el yeísmo de otras regiones no es extensión del andaluz”. Y la otra conclusión suya reza así: “Para América la explicación de andalucismo no tiene ya razón de ser. La geografía lingüística, con sus complicaciones, y la cronología con su testimonio irrefutable ahorran toda discusión. El yeísmo es fenómeno hispánico”.

Pues bien, si ninguna de las tres opiniones sobre cuál fue la base del español americano son válidas para Amado Alonso, ¿cuál es la suya? Discutidas amplia y documentadamente las tres teorías, el eminente filólogo señala fuentes fidedignas en que se puede conocer, por lo menos en parte, cuál era el español que hablaban los conquistadores; sobre todo se detiene en una fuente muy importante, que es el *Diálogo de la Lengua* de Valdés. Hay en esta obra, ciertamente, muchos datos valiosos para este propósito, y así lo indica: “Entre esos documentos hay uno de valor excepcional, que nos da ya hecha la mitad del trabajo, y aún mejor y con más seguridad de lo que nosotros podemos hacer la otra mitad. Es el *Diálogo de la Lengua* de Juan Valdés, escrito en 1535, por los años de la conquista del Perú, y una docena después de la de México. . . El libro de Valdés es cosa tan desusada en aquel siglo como preciosa. Su tema no es la lengua literaria, sino la hablada. Siendo Valdés cortesano y toledano, y siendo el lenguaje de Toledo y el de la Corte prácticamente uno, y el que pasaba por ser el mejor, universalmente aceptado por los españoles como base para el ‘español’ general, Valdés y sus contertulios acuerdan limitar el inmenso tema y reducirlo al habla de la Corte y de Toledo; de las formas regionales tratarían sólo por excepción. Pero, ¡qué caudal de noticias precisas y preciosas sobre la lengua viva de los españoles!” Pero aun sin estos preciosos datos del *Diálogo* el ilustre filólogo habría llegado a su conclusión: “. . . La verdadera base fue la nivelación realizada por todos los expedicionarios en sus décadas sucesivas durante el siglo XVI”. Es decir que el español venido a este Continente fue el de todos los españoles de todas las regiones peninsulares; un castellano unificado, nivelado, general; el castellano común de España en aquella época. Alonso explica esto así: “¿Qué lenguaje llevaban consigo estos españoles al entrar en los barcos expedicionarios? Pues el practicado en la región respectiva, se me contestará. Conforme, a condición de que lo examinemos realísticamente. Aquellos españoles, como todos los demás humanos, hacían funcionar sus hablas entre los dos extremos que Ferdinand de Saussure llamó ‘espíritu de campanario’ e ‘intercourse’, un galicismo que traducimos por intercambio, tendencia a lo general, comunicación de mayor radio de alcance que la aldea natal. Cada expedicionario, como todo hablante, hacía oscilar su lenguaje entre el uso local y el uso general. . . El uso general lleva a las lenguas generales y se va cumpliendo e imponiendo por nivelaciones y compromisos, cada vez más extensos y profundos, orientados generalmente desde el hablar de una región directriz... Castilla la Nueva era la región directriz...” y añade: “Lo que otros han pensado con el término ‘base’, interés legítimo que yo comparto, es otra cosa: de las diferentes hablas peninsulares que cooperaron en la nivelación americana ¿cuál es la más cuantiosa

e importante contribución de materiales para esa base? La andaluza, dicen algunos, con espejismo ya criticado. La castellana, rectifico, y esa en una proporción abrumadora; no hay duda ninguna de que las Castillas fueron las mayores contribuyentes, porque en general todo el mundo estaba preparado para aceptar su hablar como el mejor, puesto que era el más cercano al *español*, casi idéntico a él (Alonso quiere dar a entender con *español* la lengua castellana que hablaban los españoles de todas las provincias peninsulares, con sus respectivas variantes). Si a los materiales peninsulares con que se hizo la nivelación se quiere llamar *base* lingüística del español americano, la base es el castellano=español, traído por los castellanos como forma (casi) única, y por los regionales como forma variante informadora de su regional respectiva". No descarta la influencia de los andaluces, a quienes considera "factores activos y muy importantes en la formación de la base americana", pero "en proporción a la totalidad del español americano", muy poco. En conclusión, Amado Alonso considera que los españoles trajeron a América una lengua nivelada, general; el castellano común que se hablaba entonces en España; el que los españoles de todas las regiones hablaban o trataban de hablar, el que llama castellano=español.

Así como es de rigor tomar en cuenta la opinión de Amado Alonso con respecto a cuál fue la base del español americano, también merece igual atención la de quienes consideran que el andaluz es dicha base lingüística, entre los que se destaca el distinguido profesor y académico de la lengua don Rafael Lapesa. En su comunicación presentada a I Congreso de Instituciones Hispánicas (Madrid, 1963), intitulada "El andaluz y el español de América", y publicada en *Presente y futuro de la lengua española*, empieza diciendo que ha pensado oportuno reconsiderar "la controversia poniendo al día las conclusiones de trabajos previos" suyos, "rectificándolos en algún extremo y añadiéndoles datos que hacen variar las premisas cronológicas de ciertos fenómenos importantes". Como son varias las coincidencias fonéticas, algunas de léxico y aun sintácticas entre el andaluz y el castellano de América, Lapesa formula dos preguntas fundamentales, precisamente sobre las dos posiciones, la suya y la de A. Alonso, "¿Son resultado de una filiación andaluza del español llevado a América? ¿O bien son resultado de evolución paralela e independiente?" Y añade que para contestar este problema tan debatido es menester: "1) Conocer bien la fecha de cada fenómeno —y las circunstancias en que tiene lugar— en España y América. 2) Conocer la proporción de andaluces que pasaron a América, con distribución de fechas, procedencias, asiento y nivel social. 3) Tener en cuenta otros factores históricos y culturales que pudieran favorecer el andalucismo u oponerse a él".

Observa don Rafael que cuando empezaban los estudios de dialectología hispanoamericana ya se planteó este problema, y cita a Justino José Cuervo, quien admitió el andalucismo en lo que se refiere al seseo, y a Pedro Henríquez Ureña, quien se opuso al andalucismo en "Observaciones sobre el español de América" (Revista de Filología Española, 1921, 1930, 1931) y en *El supuesto andalucismo de América* (Buenos Aires, 1932). Henríquez Ureña atrajo al ya citado filólogo A. Alonso, pero Lapesa dice que este, "al final de su vida, en 1951, inició un giro que había de conducir forzosamente a otras conclusiones", sobre la "Historia del 'ceceo' y del 'seseo' españoles" en *Thesaurus*, Bol. del Instituto Caro y Cuervo, VIII, 1951. Lapesa reconoce, sin embargo, que la tesis de Henríquez Ureña "no se hizo a humo de pajas", pero dice que entonces era muy somero el conocimiento previo del andaluz. Por eso considera que "La tesis andalucista tenía que parecer, forzosamente, producto de una impresión superficial no apoyada en razones sólidas". Reconoce que los argumentos de A. Alonso y P. Henríquez Ureña "estaban bien contruidos sobre los datos que entonces se poseían", pero advierte que hoy se cuenta con noticias que "hacen variar notablemente el planteamiento del problema". Y agrega: "Ahora poseemos nutrida prueba documental de que el cambio andaluz estaba ya en marcha al tiempo de los viajes colombinos y primeras colonizaciones. . . Otros nuevos recogidos por Menéndez Pidal y por mí obligan a conceder que el fenómeno tenía gran vitalidad a fines del siglo XV, aunque no triunfase en todos los ambientes de Sevilla hasta acabar el segundo tercio del siglo XVI". Aquí se refiere Lapesa a la confusión de /z/ y /s/, o aparición del seseo, y apoya su tesis con un documento puertorriqueño y protocolos mejicanos (de 1521 y 1525 respectivamente) en los cuales eran muy frecuentes las confusiones entre /s/ y /z/, como en *rrazo*, *calsas*, etc., por *raso*, *calzas*. Declara que ahora se sabe "que desde el punto de vista histórico, lo que hoy se llama seseo americano fue, como el andaluz, *ceceo* y *zezeo*, pues consistió en la sustitución de la /s/ áptico-alveolar cóncava por la coronal o predorsal convexas resultantes de las antiguas /ç/ y /z/". Según esto el seseo de Sevilla y de toda la costa atlántica que se propagó a Córdoba y otros lugares de aquella región andaluza, también se irradió a América desde comienzos de la conquista.

El señor Lapesa rectifica la proporción de andaluces que vinieron a América diciendo que "Las estadísticas hechas por Henríquez Ureña en 1932 arrojaban solo 4.695 andaluces en un total de 13.948 españoles y portugueses pasados a las Indias Occidentales antes de 1600, lo que suponía sólo un 33,7 por ciento. Pero los datos de que disponía Henríquez Ureña eran demasiado pobres; además no separó los distintos momentos de la emigra-

ción". Dice que estos defectos quedarán superados en el *Indice geobiográfico* de Peter Boyd-Bowman, quien operando con una cantidad de emigrantes tres veces mayor que la de Henríquez Ureña, y por épocas, obtiene un porcentaje mucho mayor (60%) de andaluces entre 1493 y 1519, o sea el período antillano. Así Lapesa llega a la conclusión de que ya en las Antillas debió de haberse formado "un sedimento lingüístico andaluzado que constituyó la base del ulterior español de América". Y reafirma que así han perdido toda validez las tres premisas en que se fundaban los antiandalucistas respecto del seseo americano.

Luego el distinguido filólogo español se ocupa del yeísmo, diciendo que no se registró en América antes que en España, como se creía, pues se atestigua también allá a mediados del siglo XVI, o sea antes de los documentos por Amado Alonso. Y confirma esto con la cita de varios documentos.

Pero don Rafael no solamente se refiere a estos dos rasgos fonéticos coincidentes en América y Andalucía, sino que también señala otros, como la aspiración laríngea de la /—s/, final de sílaba, implosiva; la aspiración de la /h—/; la confusión de /—r/ y /—l/, implosivas y agrupadas. Ejemplos: *puéh* ("pues"), *bámoh* ("vamos"), cómo en Nicaragua, el Guanacaste (Costa Rica) y otros países de América; *hedjondo* ("hediondo"), *hédde* ("hiede"); *komél* ("comer"), *pwélta* ("puerta"), como en Puerto Rico y otros lugares antillanos. También atribuye a la influencia andaluza la pronunciación de la /j/ como /h/ aspirada, como la pronunciamos en Costa Rica.

Pero el señor Lapesa observa con acierto: "Claro está que el español de América no es solo una variedad del andaluz. Lo andaluz o meridional hispánico es uno de los diversos elementos que entraron en su formación. La afirmación de Cuervo de que en la colonización de América intervinieron gentes de todas las regiones españolas tiene su paralelo en la intervención de elementos regionales hispanos muy diversos en el español hablado en América: se ha puesto de relieve la abundancia de occidentalismos —voces leonesas, gallegas o portuguesas— en el léxico hispanoamericano". Y además señala que el español americano posea elementos autóctonos, "procedentes de las lenguas indígenas, tan característicos en el léxico y la pronunciación. Y el vocabulario y la sintaxis han tomado allí desarrollos propios, con frecuencia divergentes de los españoles. La tesis del andalucismo de ciertos rasgos no merma la fuerte personalidad del habla hispanoamericana".

Dejo expuestas así las dos teorías más importantes acerca de la variedad fundamental del español que más influyó en la del nuestro: la de Amado Alonso y la de Rafael Lapesa. Dos

opiniones distintas, convenientemente apoyadas en documentos, razones y premisas dignas de atención. He notado, sin embargo, que ninguno de los dos filólogos ha tomado en cuenta un elemento que para mí tiene mucha importancia, sobre todo en lo que se refiere a la pronunciación: el substrato lingüístico. El señor Lapesa lo cita, en parte, cuando dice que nuestro español “tiene como elemento importante el procedente de las lenguas indígenas, tan característico en el léxico y la pronunciación”. Ciertamente, ¿y entonces por qué no pudo haber influido el substrato indígena en la pronunciación de ciertos fonemas? Creo que el substrato podría explicar nuestro seseo, nuestro yeísmo y otros rasgos fonéticos atribuidos a la influencia del andaluz.

Este substrato es importante si se considera que fue, en buena parte, y desde el punto de vista lexicológico, un aporte valioso y necesario a la lengua española. En todos los aspectos del idioma heredado hubo cambios en América, y de ahí las diferencias entre el español de aquí y el de España. Pero como no hay tiempo indispensable para indicar las diferencias de pronunciación, de morfosintaxis, y todas las de léxico y semántica, optaré por señalar lo que fue un valioso aporte americano a la lengua española. Tal enriquecimiento se dio, necesariamente, en el vocabulario. Los indigenismos, castellanizados, eran necesarios para designar cosas particularmente americanas, desconocidas en Europa; les era más fácil a los españoles, las más veces, castellanizar estas voces que inventar otras nuevas para denominar dichas cosas. Así fue como se incorporaron americanismos de muchas procedencias al léxico del castellano: voces caribes, nahuas, quechuas y de otras lenguas americanas. Cuervo, en sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (p. 685) dice: “Desde el primer viaje de Colón se conocieron en España voces del Nuevo Mundo, como *canoas*, que puede decirse la primogénita de ellas, pues Nebrija le dio cabida en su Diccionario castellano, que imprimió en 1493...” Y agrega otras, como *ajes*, *casique*, *ají*, *maíz* (llevado por Colón a Castilla en uno de sus viajes) y otras del glosario de Pedro Mártir de Anglería, publicado el año de 1516 en Alcalá, como *batata*, *bohío*, *cazabe*, *caribe*, *canibales* (sic), *copei*, *guanabá* (sic), *hibuero*, *hobes*, *iguana*, *iuca*, *maquei*, *mamei*, *manatí*; antillanas o de las costas de Tierra Firme recién conocida por los exploradores españoles.

De esta manera fue enriqueciéndose el vocabulario castellano; primero, claro está, con indigenismos caribes, luego mejicanos y así sucesivamente, según el itinerario que siguió la conquista y colonización. Anotaré americanismos-léxicos de las principales procedencias: caribes, mejicanos, quechuas, principalmente, y luego algunos de otro origen:

Caribes: *anón* (del tahíno), *baquiano* (voz haitiana, de *baquia* “experiencia”), *batea*, *bejuco*, *cabulla*, *caimito*, *ceiba*, *guanábana*, *hamaca*, *maíz*, *manati*, *naguas* (también del haitiano), *guayaba*, *nigua*, *sabana* (de Santo Domingo), *tabaco*, *tiburón*, *tuna*, *yuca*, *guacamaya*, *caimán*, *canoa*, *guagua*, etc.

Mejicanas: *aguacate*, *achiote*, *atole*, *amate*, *ajiaco*, *ají*, *camote*, *comal*, *coyote*, *coyol*, *cacao*, *chicle*, *chilamate*, *chilate*, *chile*, *chapulín*, *chocolate*, *elote*, *ejote*, *epazote*, *guacal*, *guacamol*, *guatusa*, *guapinol*, *guanacaste*, *guaca* (o *huaca*), *hisquelite*, *huizcoyol*, *jocote*, *jícara*, *mecate*, *metate*, *milpa*, *miltomate*, *olote*, *petate*, *petaca*, *quelite*, *ayote*, *taltusa*, *tepeizcuinte*, *tizate*, *tinamaste*, *tomate*, *tusa*, *zapote* y muchísimas otras.

Quechuas: *arracachá* (*arracache* en Costa Rica), *cancha*, *cóndor*, *coca*, *coto* (“bocio”), *chacra*, *choclo*, *guano*, *hule*, *ñapa*, *papa*, *puma*, etc.

También el guaraní ha contribuido mucho al enriquecimiento del vocabulario castellano (*ananá* o *ananás* es voz guaraní), y en menor proporción las lenguas indígenas de otras regiones americanas, pero son voces, además, de uso muy local. Es el caso de los costarriqueñismos indígenas, como *cubá*, *tar-guá*, *quisarrá*, *poró*, *soterré*, *tacaco*, *tiquí*, *sapance*, *yas*, *yos*, *urrú*, *usú*, etc. El número de aportes léxicos procedentes de las lenguas aborígenes de Hispanoamérica a la lengua castellana crece mucho más al tomar en cuenta la enorme cantidad de topónimos y sus derivados o gentilicios respectivos.

Mayor ha sido el enriquecimiento de la lengua con la contribución americana con respecto a la semántica, puesto que si por un lado los españoles adoptaron voces de la cantera hispanoamericana, por otro aumentaron la pelisemia de muchas voces castellanas para designar cosas, animales, árboles, etc. propios de América, sobre todo cuando las cosas, animales, plantas... semejábanse a los de Europa, y así lo que era nuevo para ellos recibió nombres viejos, en lengua castellana. El distinguido filólogo venezolano Angel Rosenblat dijo en una conferencia que dictó en la Universidad de Berlín, en 1933, y que luego desarrolló en un curso que dictó en el Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad de París, en 1938, que “Ni el león americano es león ni el tigre es tigre. Ni el roble, el cedro, el arrayán, el madroño son lo mismo que en Europa. Ni la avellana, la ciruela, el manzanillo o el azafrán. Ni aún menos el níspero . . .” Y así es. Y podrían citarse aún muchos ejemplos más: *el zorro* (*pelón* y *hediondo*, como llamamos en Costa Rica a la zarigüeya y a la mofeta, respectiva-

mente), *el pavo* (*chompipe* en Costa Rica, *guajolote* en Méjico. . .), *la piña* (fruto llamado así por Colón en su segundo viaje, *ananá* o *ananás*, del guaraní, en Sudamérica), y muchísimos otros. Todavía más: hay cambios semánticos regionales, incluso en voces del mismo aporte americano, como por ejemplo el caso de *canoá* (del caribe *canaua*, embarcación pequeña de remos). Este significado que se coloca entre paréntesis quizá sea el original, pero después otros objetos figurativamente recibieron este nombre: canal de madera para conducir agua; en Chile, vaina grande y ancha de los coquitos de la palmera; en Costa Rica y también en Chile, cajón de madera que sirve para que coman el pienso los animales; en Costa Rica, solamente, llámase así el canal del techo. Y hay también algunos cambios locales que por cierto son muy acertados e ingeniosos, como el que recibió la voz *ratón* en Costa Rica para designar el bíceps braquial. Aquí se tuvo la misma apreciación de los romanos al ver en el bíceps un ratoncito, para llamarlo así, *musculus*, diminutivo de *mus*, *muris*, “ratón.” Del costarriqueñismo *ratón*, los derivados *arratonarse*, *arratonado*, *ratonado*,—*da*.

También algunas palabras pertenecientes al vocabulario de la marina variaron de sentido, o mejor dicho, adquirieron otro en América, tales como *botar*, *aguada*, *escorar*, *amarrar*, *crujía* o *crujida*, *estiba* y *estibar*, *chicote*, *flete*, *halar* o *jalar* y otras.

Podrían citarse todavía muchas otras alteraciones de sentido en palabras castellanas sufridas en América, como *estancia* por “granja”, *pararar*,—se por “levantar,—se” o “poner,—se de pie”, *quebrada* por “riachuelo”, *bravo*,—*va* por “enojado”, “enfadado”, etc.

Cabría citar aún otras características diferenciadoras entre nuestro español y el de España, que consisten en haberse conservado en este Continente algunas palabras que dejaron de usarse en la Península ibérica, como *recordarse* (“despertar”), *barrial* (“barrizal”), *aguaitar* (“vigilar”), *abotonadura* (“botonadura”), *pollera* (“falda”), *esculcar* (“registrar”), *lindo* (“bonito”), *liviano* (“ligero”), etc. En Costa Rica se usa en todos los niveles sociales una palabra que ya en el siglo XVIII el Diccionario de Autoridades la consideró anticuada: *escogencia* por “escogimiento”.

Estas diferencias lexicológicas, y semánticas, más las fonéticas y morfosintácticas, le dan al idioma ecuménico dos características, dos fisonomías bien definidas: la española, con sus variantes regionales, y la hispanoamericana, con las suyas. Todavía es mayor la diferencia cuando se toman en cuenta esas particularidades o variantes regionales de España y América: el

español mejicano, argentino, costarricense, nicaragüense, cubano, puertorriqueño . . . y el español madrileño, valenciano, andaluz . . . Variado y hermoso mosaico, distinto y matizado en su afortunada unidad.

Basten estas informaciones y noticias acerca de nuestra lengua, porque no debo abusar más de la gentil atención que se me ha prestado. El tema es tan amplio, tan delicado y aún tan aventurado, que se necesitaría una información más amplia y un largo ciclo de conferencias para medio agotarlo. Solo espero que con esta les haya quedado a ustedes una idea más o menos clara respecto de un asunto que suele apasionar a filólogos, españoles y americanos, a hispanistas de todo el mundo y aun a personas que no se dedican a estos estudios. Agradezco mucho al selecto auditorio la generosa atención que me ha dispensado.

CUANDO FLORENCIO LO MARCHITO

Carmen Naranjo

Era y es todavía un pueblo redondo haciéndole círculo a la hondonada. Las casas miran a la montaña y viéndolas pronostican el tiempo: hará calor, lloverá, el viento esta noche será terrible, un día en calma, tal vez bochornoso, por allá de las cuatro caerán las primeras lluvias, amanecerá garuando, parece que hoy temblará.

Un pueblo que crecía y descrecía según los vaivenes del país, algunas veces los mandatarios pensaban en la agricultura, otras en la industria, siempre en el comercio, las más en que las cosas anduvieran en calma, sin deteriorarse más la pobreza de tantos pobres. Un pueblo con eucaliptos, naranjos, cipreses, manzanas de agua, caminos de polvo, huertas, chayoterías, gritos de quienes se encuentran y saludan con alborozo, chicharras, sapos, yigüirros y un cielo con nubes convulsionadas. Las casas se construyeron con lo que había a mano, un tanto de madera, de ladrillos, de zinc, de intemperie, de viento, de frío, de calor. Alguna maceta decorada y primitivos jardines desordenados en que se cruzan las gallinas con los clavelones y los patos con los lirios.

Un pueblo tranquilo en que un viejo muere entre los detalles de la agonía y el recuento de lo que dejó: un yugo de principios de siglo, un pilón en desuso, una rara máquina de coser quién sabe qué, unos zapatos abiertos, una navaja de afeitar completamente herrumbrada. Un pueblo pacífico en que el nacimiento de un niño se comunica en voz muy alta de corredor en corredor, de callejón en callejón. Fue una niña. Otra más. Pobres, qué van a hacer con tantas. Y la enfermedad se combate con la medicina que manda el médico y con las yerbas que recomiendan los que saben de esas cosas.

Un pueblo que se asoma siempre hacia la montaña y la admira, la quiere y la respeta, que Dios quiera no se nos venga una encima, porque entonces ni contar podremos lo que pasó. Y la montaña, siempre cambiante, les trae noticias de acontecimientos que sus tímidas mentes de encerrados no se atreven a pensar. Vendrá un nuevo cura, no lo tomen muy en serio, está

obsesionado con el pecado, pobre pecador todo lo asusta, no se asusten ustedes. Y en el verano vendrán ellos, son dos jóvenes muy jóvenes y muy ingenuos, sin embargo no tendrán ustedes una oportunidad tan increíble de contar con tan excelentes maestros, les enseñarán lo que han olvidado hace mucho tiempo y es necesario recordar para que lo marchito florezca.

Era una época en que el pueblo casi era pueblecito. Los más jóvenes emigraron en busca de trabajo y de una vida diferente. Los ahogaba la hondonada y la esbeltez de la montaña. Habían quedado los viejos, viejos abuelos y bisabuelos, alguna que otra tatarabuela muy encomendada a Dios, y los padres envejecidos prematura y desconectadamente por los cambios acelerados del telégrafo, del teléfono, de la radio y de la televisión.

Ella llegó primero, un domingo en el último autobús de las cuatro, iba a atender la escuela y enseñar del primero hasta el sexto de aquella disminuida población escolar que alcanzaba a treinta niños de siete a doce años. Su nombre la precedió. Eugenia María de los Angeles Rivera Mancilla, nacida en un lugar conocido como las Cumbres de lo Alto para la Perfección del Santo Parto. Les pareció muy pálida, demasiado joven para aquella pacotilla de gavilanes, pero la montaña les dijo es ella, la esperada, la que domina los vientos, sabe de letras y detrás de esos ojos claros reside la sabiduría de la vida.

Eugenia María de los Angeles se paró en una esquina, recorrió con su mirada la hilera de las casas que sólo le ocupó unos segundos de investigación para saber que estaba en el fin del mundo, y levantó sus ojos ante la majestuosidad de la montaña para verificar con rapidez que estaba en el principio de las manifestadas cosas bellas, que sabía no se daban gratuita y afortunadamente sino por legítimos merecimientos, ganados a punta de voluntad y de ese empeño terco de superar cualquier situación adversa.

Su primera lección fue magistral. Mantuvo despiertos a los niños, a pesar de que habían madrugado antes de que la montaña se pudiera perfilar como una sombra negra y amenazadora, menos como un cuadrulado de árboles y yerbas desmanadas en el desorden de Dios, que bien desorganizado era en el crecimiento espontáneo de lo natural. Simplemente enseñó mapas y se ingenió para estimular curiosidades sobre la visión plana de lo cotidiano.

El cura anunciado no llegó, se había cambiado la decisión de trasladar al Padre Toño porque con cierta inercia iba haciendo una labor buena, por lo menos no provocaba quejas ni intrigas innecesarias ni problemas con la comunidad siempre tranquila y conforme.

El llegó ocho días después, con su juventud a cuestas y el entusiasmo de iniciar su primer trabajo profesional en la administración de una finca que tenía de todo e iba a cultivarse aún más.

Se encontraron frente a la escuela con miradas encendidas. El no pudo más y se acercó con la mano abierta. José Luis Villacencio, a sus órdenes. Ella se sonrió en la forma más clara que fuera posible concebir, una sonrisa que no podía apagarse ni terminar.

Desde entonces no se separaron durante sus tiempos libres, se iban a la plaza, caminaban incansablemente los senderos del pueblo. Para ellos cantaban los pájaros, se abrían las flores, se perfumaban los eucaliptos, se iniciaba el día y la noche, las nubes se ponían de blanco encalado, los crepúsculos se fueron alargando.

Nadie en el pueblo hizo comentario alguno, les parecía muy natural, tan hermanados, tan juntos.

Un día la viejecita Refugio, una de las más viejas del pueblo se quedó mirándolos largamente. Pero qué era aquello. Esa forma de pasar lentamente el dedo de él por el brazo de ella, desde el comienzo hasta el fin, incansablemente. Luego ese choque de cabezas y como que se sobaban, igual a los cachorros. Entonces asoció la escena con un viejo rosal que había empezado a florecer con verdadera pasión, después de años y años de marchito. Algo raro está pasando, pensó, porque su sangre aceleró la circulación y los dolores del reumatismo se esfumaron. Luego de contemplar y de contemplar, puso a otros a contemplar también y los vio emocionados, entusiasmados, embebidos en aquella correntada de verdaderas caricias.

Esa noche la viejecita no durmió, se le fueron las horas en recordar exactamente los movimientos y en buscar en vano las alegrías. Y la mañana siguiente estaba ya decidida y al caer la tarde pasó de nuevo por la plaza y todo el pueblo estaba ahí viendo y viendo. Vio lo que pudo hasta donde la oscuridad se lo permitió y se fue río abajo en busca de don Miguel, casi tan viejo como ella. Esa noche sí durmió a pierna suelta.

La pareja se convirtió en el espectáculo número uno del pueblo, ya nadie leía ni siquiera un periódico, en la pulpería dejó de brillar el televisor, en las casas las radios se apagaron, nadie se interesó por el partido de fútbol ni siquiera los jugadores quisieron agotarse en las carreras y en las patadas. El cura y el sacristán, junto con los monaguillos, se unieron a la contemplación. Era un espectáculo lindo, tan puro e inocente que el cura dedicó el sermón del domingo al arte de amar, amarse sin fin y sin tregua.

Empezaron a pasar algunas cosas raras en el pueblo. Las papas sabían a camote, el camote a papaya, la papaya a rábano, el rábano a tomate, el café todavía verde olía a azahares de naranjos, los rosales dieron margaritas y las gladiolas tulipanes y las buganvillas lirios. Todos se dieron cuenta de que el verano se prolongaba demasiado y no llovía, ni siquiera atisbos de lluvia en el cielo, sólo las nubes de blanco encalado. Pero no se preocuparon porque el río traía más agua que nunca y estaba tan sonoro como el mar, los dormía ensayando caricias y más caricias, cada día más creativos, más imaginativos en cumplir lentamente los recorridos.

Cuando la viejecita confesó que estaba embarazada creyeron que eran locuras de su edad o nostalgias de otros tiempos, había parido nueve hijos, tenía cerca de sesenta y cinco nietos y ya iba por el octavo bisnieto. Lo empezaron a creer cuando constataron que todas las mujeres, viejas y jóvenes, algunas casi niñas, estaban en el mismo estado, igual que la esposa del sacristán, las novias de los monaguillos y la santa empleada del cura.

El olor de las flores realmente embriagó al pueblo, brotaban por todas partes, aun entre las piedras, la plaza se llenó de ellas, los senderos, las aceras, al punto de que costaba caminar y encontrar un sitio donde pararse tranquilamente, sin la mala conciencia de estar haciendo daño a una generosa planta.

Quizás fue por eso que la gente dejó de salir y no se dieron cuenta de que la pareja ya no estaba, se habían ido, cada uno por camino diferente, igual a como llegaron, cada uno un día distinto. El se fue antes. En aquel pueblo tan lleno de flores, de gente tranquila y bondadosa, de un cura siempre tan sonriente y tan anteponiendo el bien ante el mal, llegó a la conclusión de que se había equivocado de oficio, en vez de agricultor quería ser marino. Ella se fue después, quizás con unas semanas de diferencia. Para ese entonces se le había esfumado la sonrisa y los ojos se le fueron llenando de soledad, una soledad de isla en un mar indómito donde alguien naufragara.

Ni ella ni él percibieron algo diferente en aquel pueblo tan callado y tan florido. Ella se fue como si cerrara una puerta, él como si estuviera abriendo otra.

Cuando el pueblo se dio cuenta de que se habían ido, ocupado como estaba con los partos, casi todos por las mismas fechas, y con la cría de aquella cantidad enorme de niños, porque hubo muchos gemelos y trillizos, ya estaba instalada otra maestra quien llegó con un embarazo notorio y otro administrador de la finca con su esposa y cinco hijos bastante crecidos.

Ya para esa época llovía parejo día y noche, las flores habían desaparecido, el río corría con menos canto y menos agua, las cosas sabían a lo que eran, las plantas daban lo esperado. Cada quien confesó ante el cura su desarreglo y el cura buscó a su superior para hacer lo mismo. Le consoló que le dijera solemnemente lo que había repetido en el confesionario: una golondrina no adelanta el verano ni el canto de un yigüiro las lluvias, lo pasajero no tiene trascendencia y si el desarreglo fue arreglado no posee la gravedad del pecado.

La pareja apareció en algunos sueños pero sin muchos estragos, cada quien había redescubierto que se duerme mejor y más profundo en la soledad de uno mismo y con lo esperado de la edad.

DANIEL GALLEGOS Y ALBERTO CAÑAS: SU ESTATUTO DEL HACER

Virginia Sandoval de Fonseca

El interés por el estatuto del hacer obedece a que el discurso teatral, a diferencia de cualesquiera otros, se centra en las empresas de los personajes encarnados por actores.

La crítica nacional coincide en que los dramaturgos consolidados son: el Lic. Daniel Gallegos (n. en 1930), el Ing. Samuel Rovinski (n. en 1932) y el Lic. Alberto Cañas (n. en 1920). Las presentes líneas se referirán a Gallegos y Cañas. Cada uno construye sus propios modos de dramatizar y de auscultar la sociedad de su tiempo. En ese terreno no caen en fórmulas estereotipadas tan comunes en los días que corren, radicalización que esfuma otros matices teatralizables. Curiosamente ambos son abogados, profesores universitarios, académicos y artistas de la palabra. Aunque pertenecen a generaciones distintas, ambos enjuician la sociedad en que les ha correspondido vivir: con su teatro ideológico, Gallegos; con la técnica del absurdo, Cañas. Ninguno de esos caminos es de tránsito fácil, sino para aquellos diestros en el oficio, capaces de mover las criaturas de su invención de acuerdo con la verdad humana y poética.

Daniel Gallegos ha producido varias obras; menos que Cañas, quien le lleva una década de diferencia en cuanto a edad. Con *Los profanos* (1964) inaugura Gallegos el tema de la pugna generacional, tan reiterado en su obra. Sin embargo, este debe considerarse tributario de otro más amplio: el de las relaciones interpersonales. En efecto, el trato entre padres e hijos descansa en el principio de autoridad de aquellos, quienes imponen carrera y pareja a sus descendientes, hasta reducirlos a objetos. Tal manipulación los irrita y por eso se rebelan. El conflicto tiene su origen en la conducta anómala o extraña de los padres.

Si en *Los profanos* la lucha generacional se produce entre padres e hijos, en *Ese algo de Dávalos* (1969) pugna la generación del pintor maduro (Dávalos) contra la emergente (Fabián, Casandra), aunque el caso se presenta como conflicto de perso-

nalidades. El narcisismo aleja a Dávalos de sus discípulos y admiradores, aunque él exige que se le rinda culto. Por la calidad de su arte siempre ha sido indiscutible ganador de premios y honores. El examen de la constelación de los signos-personajes muestra cómo la magistratura de este pintor pasa por tres fases: a) Dávalos dueño indiscutible de las situaciones; b) surgimiento del elemento extraño que se convertirá en perturbador de la seguridad del maestro; c) Dávalos neutraliza la situación adversa a costa de su éxito personal.

a) Dávalos dueño de la situación.

Las relaciones de esta fase son afectivas unas y artístico-profesionales las otras.

Afectivas:

DAVALOS	{	Fabián	(Discípulo cuyo afecto por el maestro es inalterable. Dávalos se irrita porque aquel pretende casarse con Clara. El amor es un obstáculo para el éxito artístico, piensa Dávalos).
		Angela	(Amiga de turno de Dávalos. Tiene conciencia del narcisismo de este, por lo cual no le exige nada).

Artístico-profesionales:

DAVALOS	{	Fabián	(Reconoce que cuanto sabe se lo debe al maestro. Su lealtad llega hasta lo incondicional).
		Eduardo Estrada	(Recomendado por Da. Walquiria para discípulo. Presenta la cara grotesca del arte. Por obra y gracia de su inexperiencia e imbecilidad, es objeto de explotación económica por Dávalos).
		Alberto Osorio	(Periodista y crítico de arte. Detesta a Dávalos, ¿por la personalidad egoísta de este o por envidia?).
		Cassandra	(Al principio no descubre sus intenciones. Luego se apodera del terreno hasta convertirse en rival de Dávalos).

b) Irrupción del elemento extraño.

Este se halla encarnado por Osorio y sobre todo por Casandra. El crítico por lo menos es franco: le declara la guerra abiertamente a Dávalos. Casandra, en realidad Sandra Franco, finge una serie de situaciones mientras marcha a la conquista del éxito. En el salón del maestro aprende o confirma su filosofía del "arte": todo hay que sacrificarlo por este, hasta los afectos. Pintora y crítico se han unido para la empresa de promover el arte de ella mediante la publicidad. Casandra gana el primer premio de Bellas Artes. Doña Walquiria propone que se le adjudique el mural que de hecho y derecho le corresponde a Dávalos. El maestro cree que la joven renunciará para no competir con él. Pero no es así: Casandra se comporta como un nuevo Dávalos a quien sólo le interesa su propio destino. El maestro de halla en desventaja. Le quedan dos caminos: competir con Casandra por el mural (lo que sería rebajarse) o renunciar en favor de ella (lo cual parecería un acto generoso).

c) Dávalos neutraliza la situación.

El maestro no opta por ninguna de las dos soluciones mencionadas. Con ayuda de Angela convierte a Fabián en el ganador del mural. Impidió así que el nombre de Casandra apareciera junto al de Dávalos, como valores iguales. Sin embargo tuvo que pagar un precio alto por ello: dejar de ser transitoriamente el centro de interés en el mundo del arte.

En *La casa* (1984) también el elemento extraño, o por lo menos inusitado en la rutina del vivir de esos personajes, da pie a los conflictos. El viaje a Puntarenas de doña Isabel con su amiga doña Flora propicia la boda de Pilar con Jorge y el acercamiento de Rolando y Rosa Amescua.

La madre, por su deseo de manipular las vidas de sus hijos, recuerda a Bernarda Alba, aunque carece de la fortaleza de esta. Si la cancerbera española cuidaba celosamente las apariencias de su hogar, doña Isabel hace otro tanto, pero las echa al aire cuando su hija mayor, Teresa, la obliga a difamar a Rolando para impedir la boda con Rosa. También como en *La casa de Bernarda Alba*, sólo la hija menor logra su propósito. Con excepción de Pilar, todos los personajes quedan frustrados; hasta Julia, la más humana, confiesa que ayudó a sus hermanos por contrarrestar el poder absorbente de la madre y la excesiva ingerencia de Teresa sobre su hermano. Comienza a desvanecerse entonces el parecido con Bernarda Alba: doña Isabel no es tan fuerte como parecía, tanto, que el poder emigra a manos de Teresa. Las criaturas de Gallegos poseen una psicología muy diferente de la que tienen las mujeres lorquinas.

He aquí los agentes externos perturbadores del estado de cosas en *La casa*. La adquisición de esta viene de afuera (elemento extraño): en una salida de doña Isabel, don Gregorio le propone la venta de la casa; también es exterior a ella la operación bancaria; las relaciones afectivas de los hijos se afianzan mientras la madre ha salido en viaje a Puntarenas. Luego, por el interés material que representa la casa, Teresa chantajea a la familia, la cual se desbanda.

Los conflictos que trae consigo *En el séptimo círculo* (1982) también hallan su raíz en el choque generacional, manifiesto con la irrupción engañosa de Rona en la casa-fortaleza de los ancianos. Actos y voces huracanados del elemento perturbador procedente de afuera pretenden arrasarlo todo. Los jóvenes "airados" son iconoclastas, aunque pertenecen a la misma clase social de sus padres en la que gozan de todas las comodidades. No poseen ninguna solución que ofrecer: sólo tienen conciencia de su disconformidad.

Los viejos, encerrados en su rutina no se dan cuenta de lo que pasa en el mundo ni de sus transformaciones. Esta radiografía de la violencia que aqueja a la sociedad moderna no fue montada para ofrecer soluciones, sino para un diagnóstico de los males sociales —quizá como característica de la condición humana— encarados desde la doble perspectiva generacional.

En *Punto de referencia* (1984), la auscultación que Ana y Jorge hacen de sus relaciones se hallan influidas por el comportamiento de un elemento extraño: la convivencia habida con Esteban, profesor, amigo, compañero, amante... quizá de ambos... Y aunque Esteban a veces sea realidad, otras tantas recuerdo, o simplemente engendro del inconsciente, actúa como el extraño perturbador o por lo menos como la fuerza condicionante del "status" de la pareja.

La colina (1969) sigue siendo la mejor pieza de Gallegos. Aquí el elemento extraño es más denso y complejo: la muerte de Dios. Le infunde a la pieza carácter filosófico, ético y religioso. Lejos de ser una obra irreverente exalta el Dios-amor de los cristianos. La muerte de Dios conmueve los cimientos del mundo: lo hace perder su equilibrio y borrar los conceptos de culpa, pecado y responsabilidad. El primer acto se impregna de humor cuando aparecen las reacciones de los distintos personajes ante la noticia de la muerte de Dios; también se asoma la tipología de la fauna humana respecto de la religión, sexo y conducta.

Mercedes (antigua prostituta) y *Gregorio* (borracho) forman un matrimonio mal avenido; la *Madre Superiora* es una religiosa sin vocación; el *Padre José* es religioso por conveniencia

material (por la herencia de una tía si se hacía sacerdote); *Manuelito*, anormal, fruto del exceso vicioso de sus padres (Gregorio y Mercedes); *Joselillo* es el criado. Tiene la fe ingenua propia de la gente sencilla; *Tomás* es ateo, ilustre escritor, desahuciado por los médicos; *Marta*, la novicia, única creyente verdadera. Tales son los seres que pueblan ese universo dramático.

Marta sostiene, de principio a fin, que no puede vivir sin Dios; los otros personajes viven de Dios, no para Dios. Gregorio y Mercedes, porque sus clientes son los peregrinos del santuario del Cristo de la Divina Paciencia; la Madre Superiora entró en el convento a raíz de una crisis familiar; el Padre José para obtener la herencia ya mencionada. Libres ambos de la tutela de Dios, exhiben su inclinación sensual. La Madre Superiora se insinúa al Padre José, pero este sólo se interesa por la novicia. Los caracteres diversos y las situaciones en que se implican producen los siguientes antagonismos: Gregorio y Mercedes se culpan recíprocamente de la idiotez del hijo; además, sólo ella trabaja, mientras él se emborracha. José y Tomás rivalizan por Marta. En cuanto a la Superiora y Marta, el acoso proviene de aquella. Entre la Madre Superiora y Tomás también hay choque por la preferencia de Marta por este.

El eje semántico de la pieza se establece entre los polos Dios Vivo-Dios Muerto. En el primer caso cuenta la distinción entre el bien y el mal, mientras que quienes lo ignoran o aceptan su fallecimiento se desinhiben y dan salida a la violencia, al sexo y la mentira. Toda la pieza parece estar hecha para que el espectador se pregunte: ¿De veras Dios ha muerto? Y si se le ha de rescatar como lo siente y piensa Marta, ¿en dónde? Es significativo que el espacio visible de esta pieza dramática no sea el santuario, pues Dios no será hallado en capillas ni confesiones determinadas, sino en el interior del hombre y en el amor al prójimo. Quienes lo redescubran seguirán asociados a la colina; quienes lo repudien se alejarán definitivamente de ella.

Tomás.—Es cierto, Marta. *Yo lo he encontrado... en ti... en mi amor por ti.* Ya no me importa la muerte... No es motivo de rencor. Ahora sé por qué vine a estas montañas. La muerte misma puede ser bella. Se acaban el tiempo y el espacio y se eterniza un momento... Y ese momento estará lleno de ti. Yo también bajaré pronto la colina. *Y he de tener un sitio que mire hacia esas montañas,* y mientras pueda recordarte estaré lleno de Dios...

(Acto III, páginas 137/138).⁽¹⁾

Novicia Marta.— *Yo te amaré siempre... desde aquí... desde mi colina... Siempre... Gracias por devolverme a Dios. Lo sentiré siempre, en las montañas, en los valles; en cada niño, en cada enfermo que cuide, en todo aquel a quien yo pueda tender mi mano.*

(Acto III, p. 138). (2)

Se explica entonces por qué ciertos signos adquieren valor simbólico: la colina, como el centro del mundo, el lugar sagrado; el Crucifijo roto, el divorcio del hombre con Dios; Tomás golpeado por José, “no la imagen de un hombre sino del Hombre”, sugiere la figura del Cristo-Hombre crucificado por los pecadores; el albergue, cuya concavidad apunta hacia el subconsciente; de allí emergen las verdades de cada uno de los personajes en el juego del psicodrama.

El ex cura José y Esperanza —antes Madre Superiora y ahora Viuda de Dios— bajan de la colina sin fe, liberados de sus inhibiciones. Ocuparán el polo negativo del eje semántico, DIOS MUERTO, con ausencia del bien y del mal como las bestezuelas, ayunos de preocupaciones religiosas y morales. Van a los funerales del Dios muerto en sus almas. Al descender de la colina, se alejan de la zona sagrada. Los que se quedan física o mentalmente arriba, en el albergue, en la colina, son: Marta, Gregorio, Mercedes, Manuelito y Joselillo; allí están los arrepentidos como los dueños de la fonda; Marta, la que nunca dejó de creer; Manuelito, inocente como un niño, y Joselillo, alma candorosa. Todos ellos han encontrado a Dios en el amor a los demás. Hasta Tomás llevará dentro de sí la imagen de la colina y el amor por Marta.

En síntesis, el elemento extraño se comporta como el ingrediente que promueve el conflicto y las acciones correspondientes para resolverlo: particular y artístico (*Ese algo de Dávalos*), familiar y generacional (*Los profanos. La casa*), generacional-social (*En el séptimo círculo*), psicológico (*Punto de referencia*) y filosófico y ético (*La colina*).

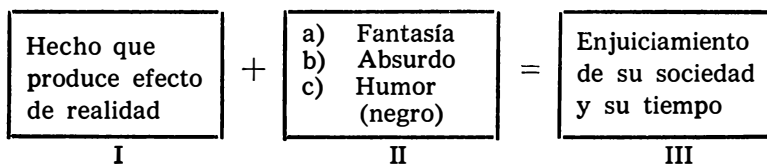
Otro gran dramaturgo nacional es Alberto Cañas, el más prolífico (aun sin incluir sus cuentos, novelas, artículos, etc.). Emplea otros resortes para proyectar su obra en el espacio y tiempo escénicos.

Todas sus piezas arrancan de algún estímulo procedente del mundo circundante, aunque a estas alturas nadie va a ser tan ingenuo para creer en la ecuación Arte=Realidad. La distancia entre ambos miembros es más estrecha en *El héroe* (1956); parte

de la experiencia de la Revolución del 48. Plantea por qué no es delito matar al enemigo durante la guerra y sí fuera de ella. *Escena de la torturada y el gorila* (1983) presenta el militarismo al servicio del dictador, pero desde la perspectiva de la torturada. *Oldemar y los coroneles* (1984), pieza excelentemente construida, acude nuevamente al militarismo para plantear la pugna entre el poder militar y el poder económico.

En otras obras los elementos alusivos a la realidad se surgen en diversas profundidades de las aguas del absurdo, la fantasía y el humor. *El luto robado* (1963) junto al vacío por la muerte de familiares o amigos, trae el absurdo de fabricar un duelo (eutanasia oblicua) para un amigo. *En agosto hizo dos años* (1948) descansa sobre un triángulo amoroso, uno de cuyos integrantes está muerto. La serie de dislocaciones temporales permite que Esteban vuelva a la vida, quizá para extirpar el complejo de culpa de su mujer, o tal vez para salvarse él mismo. Los hechos de esta pieza cabalgan sobre el sueño, la fantasía y el absurdo, pero no menguan la aspereza de Esteban. *Algo más que dos sueños* (1967) se sirve de la ruptura de relaciones de una pareja para situar los hechos en la frontera entre la vigilia y el sueño. El elemento onírico reproduce la coincidencia de sueños en Isabel y Antonio. *Eficaz plan para resolver la desnutrición infantil y de paso los problemas fiscales* (1974) alude, dentro de su brevedad, al burocratismo y excesos en que caen las instituciones autónomas, puesto todo en la vertiente del absurdo y del humor negro. *La segua* (1971) parte de la leyenda del mismo nombre. La desmitifica para desembocar en la psicología narcisista y anómala de Encarnación Sancho, personaje principal. *Una bruja en el río* (1978) presenta la seducción de una linda muchacha de pueblo cuyo destino quieren resolver con prescindencia de lo que ella desea. Poco a poco los hechos se van impregnando de magia poética y ella conoce el amor, y eso le basta. *Tarantela* (1978) se constituye con dos triángulos amorosos sucesivos. Desembocan en el absurdo por la inversión de la circunstancia acostumbrada localmente: es el hombre quien resulta deshonrado y no la mujer, por lo cual él clama por una reparación. Las peripecias conducen a la reconstitución de la primera pareja. *Operación T.N.T.* (1978) comienza con el descubrimiento de una mina de uranio, pero bajo un monumento histórico. Con derroche de humor crítica aspectos políticos y sociales. *Ni mi casa es ya mi casa* trae consigo la nostalgia de Arturo por la casa paterna, barrio y amigos, todo lo cual debe abandonar por causa de la pobreza familiar. Hoy es el ingeniero que dirige la demolición del edificio. Mediante el cruce de temporalidades diversas y de varias perspectivas y recuerdos, reconstruye la historia de su familia.

Del recorrido anterior se desprende que el más frecuente tránsito de la dramaturgia de Alberto Cañas, puede esquematizarse así:



El contenido de la casilla I alude al objeto particular de la pieza dramática, en contacto más o menos cercano con el entorno. La II recoge su estrategia dramática o *modus operandi*; la III apunta a la intencionalidad de la obra.

Entre las piezas más gustadas de este autor sobresalen *El luto robado*, *La segua* y *Uvieta* (1980). Esta última es una de las más ingeniosas. Incita al espectador a plantearse el problema de la muerte. Pareciera basarse en el cuento del mismo nombre de la escritora nacional, Carmen Lyra. Sin embargo, sólo incluye unas pocas alusiones a este: el nombre del personaje y de la obra, *Uvieta*; el personaje central también goza de poderes sobrenaturales (aunque los parlamentos de los otros personajes de Cañas lo tienen por loco al que nadie toma en serio); con la muerte apresada, ahora en el “palo” de mango. *Uvieta* espera que algún delegado de rango celeste negocie con él la liberación de su cautivo personaje; tres santos lo hacen en el cuento de Carmen Lyra; en la comedia de Alberto Cañas es Lorena, un ángel que viene con instrucciones precisas y poderes especiales. Tanto el relato como la pieza teatral escogen el lenguaje popular. Cañas agrega el vocabulario semiculto que se torna ridículo por el abuso de su empleo; eficacia, eficiencia, factibilidad, problemática, cuantificar, concretización, operativo, alienación, proyecciones, contenido económico, motivación, insumo, jurisprudencia y muchas otras palabras de igual ralea.

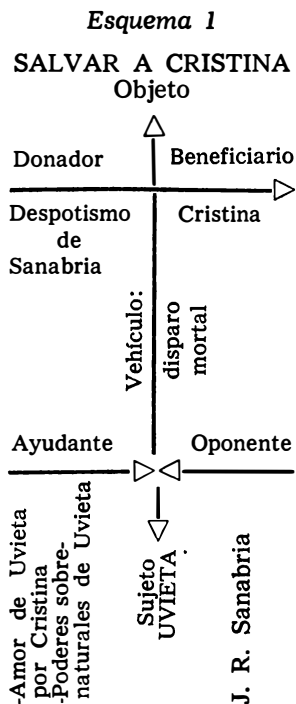
El cuento de Carmen Lyra —sin que se halle ausente el propósito de burlar a la muerte— se centra en lo anecdótico-maravilloso; la pieza de Cañas se encamina hacia lo trascendente. Recuerda el pensamiento de Jorge Luis Borges, quien sostenía que con lo fantástico también se puede filosofar; de igual manera puede añadirse que otro tanto se alcanza con el absurdo y el humor.

La *Uvieta* teatral constituye una revolución metafísica en tres tiempos, tanto desde la perspectiva de este personaje como de la de Lorena.

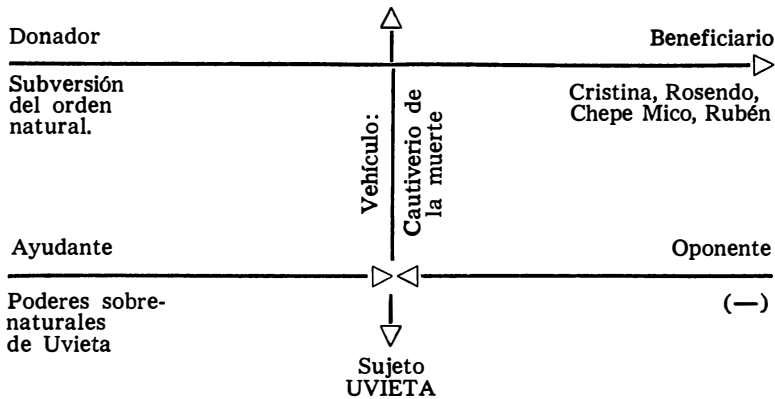
Según Uvieta: 1) la suspensión de la muerte es un trastorno de lo estatuido para salvar la vida de Cristina; 2) lo generaliza en bien de los demás; 3) dicho trastorno subvierte luego el orden cósmico y metafísico, aunque quizá esto último Uvieta lo descubre tardíamente, en su conversación con Lorena. Desde la perspectiva de “allá arriba” (autoridades del cielo): 1) la muerte está prevista en la lógica divina y en el orden universal; 2) la negociación del ángel (Lorena) con Uvieta en defensa del orden universal sobre el particular; 3) a cambio de algunas concesiones, Uvieta cede y se restablece el equilibrio en el mundo.

Esa misma revolución metafísica hasta la vuelta a la normalidad se halla conformada por las siguientes articulaciones consideradas actancialmente.

Constituido Uvieta como *sujeto* del eje del deseo, actúa por amor, en defensa de Cristina y mata a Juan Ramón Sanabria. Este hecho ocurre fuera de escena (realidad sólo verbal) antes de levantarse el telón. Desencadena los acontecimientos. El espectador se entera de que Uvieta ha dado muerte a Sanabria cuando aquel conversa con Lorena, y luego, cuando en cumplimiento de lo pactado, confiesa su crimen ante José Luis, el investigador. Sin embargo, al protagonista lo tienta otro deseo fortísimo: evitar que Cristina muera. Si cuando disparó contra Sanabria el *ayudante* fue su amor por ella, ahora ese papel lo cumplen sus poderes sobrenaturales: no dejará que la muerte baje del “palo” de mango. También propicia el funesto resultado, el carácter despótico de Juan Ramón Sanabria, de suerte que ha fungido como *donador*; de salvarse Cristina, le correspondería la condición de *beneficiaria*. Hasta aquí el esquema actancial revela la ausencia de oponente y como el propósito de evadir la muerte tiene carácter particular, salvar a Cristina, esto constituye el *objeto* del deseo.



Esquema 2
QUE LOS DEMAS SEAN FELICES
 Objeto



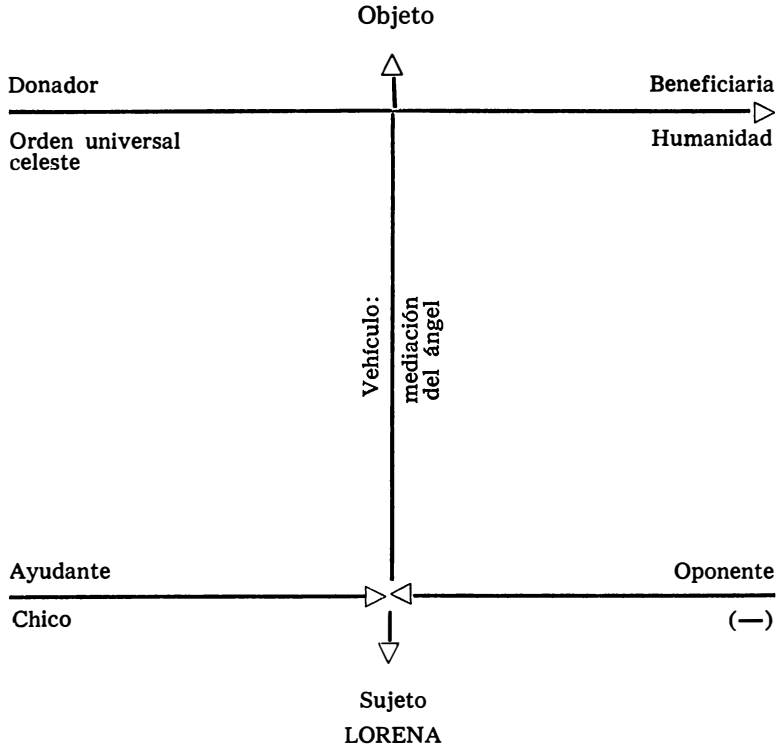
En un segundo momento se amplía el objeto del deseo. Uvieta ya no piensa sólo en Cristina, sino en los demás: que nadie pierda a sus seres queridos. Carece de *oponente* porque nadie conoce el secreto de que la viejilla cautiva en el árbol de mango es la muerte. Los sanluiseños apenas perciben sus efectos: hace quince y más días que no muere nadie, ni Cristina, ni Rosendo, ni Rubén, ni Chepe Mico. . . Estos son los *beneficiarios* mientras que el *donador* lo constituye la subversión del orden natural.

Existe un tercer momento, aquel en que los hechos se trascendentalizan. El esquema 2 cambia de *beneficiario*: en vez de los lugareños, estará la humanidad. El pueblecito de San Luis se ha convertido en epitome del universo. Un mundo donde nadie muere es anómalo. Por eso el gobierno de "allá arriba" debe apersonarse para restablecer el orden: tal la función que cumple Lorena. Uvieta aún no tiene conciencia de la magnitud de los hechos. Supone que si Dios le concedió esos poderes debe usarlos. Tal sería el esquema 3.

Desde la perspectiva del cielo y su agente, Lorena, también se cumplen tres tiempos. En el primero, el eje del deseo pone como *sujeto* a Lorena y como *objeto*, hablar con Uvieta, El ángel aparece en escena como una mujer entre ingenua y pícara, poco conocedora de los usos de la Tierra. Trae instrucciones precisas. Sus parlamentos oscilan entre lo cómico ingenuo y lo cómico verbal; satiriza aspectos políticos y sociales y la pedantería verbal de los modernos tecnólogos. Chico y Lorena son dos simpatísimos personajes cuyo humor es el vehículo de la crítica.

Esquema 4

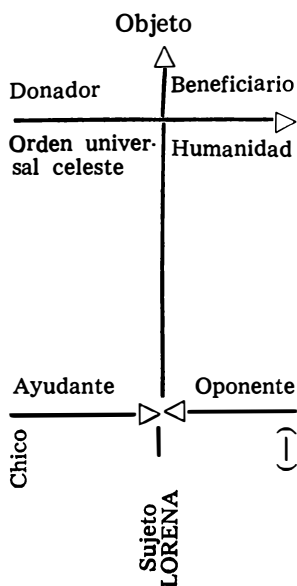
HABLAR CON UVIETA



Refiriéndose al establecimiento de Francisco Artavia Luna, dice: “Si estuviéramos en España se llamaría Paco’s bar y en México Pancho’s bar” (III, p. 126). Chico le ofrece Coca-cola. Lorena contesta: “No sé si me estará prohibido ingerir este brebaje... Tiene reputación de venenoso. No, de imperialista...” (III, p. 128). A pesar de las cualificaciones anticuadas que le caben, Lorena paga a Chico sus servicios de intermediario con un cheque en marcos contra un banco suizo.

En el segundo momento el *sujeto* sigue siendo Lorena; el *objeto*, negociar con Noé Redondo (Uvieta).

Esquema 5
NEGOCIAR
CON UVIETA



En el eje del poder, relación ayudante/oponente, quizá pueda considerarse a Chico como remoto ayudante, puesto que indicó dónde podía encontrarse Uvieta y prestó su bar para la entrevista, aunque le pagaron por ello.

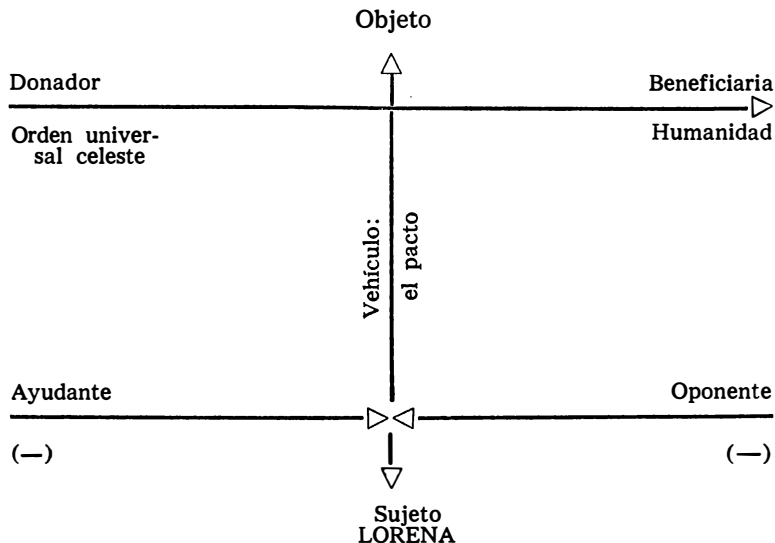
A menudo se ha dicho que sin la relación ayudante/oponente no hay conflicto. Sin embargo en esta pieza de Cañas la pugna se ha trasladado al eje del saber, donante/beneficiario, producto del choque entre el orden cósmico y trascendente emanado de "allá arriba" y el nuevo orden subversivo y terrestre, sustentado por un hombre. Ahora el *donador* responde al orden celeste y universal. Debe cumplirse siempre, explica Lorena, para beneficio de la Humanidad, pues lo contrario traería consecuencias funestas en todos los campos. Comienza la negociación. Al final Noé obtiene la seguridad de que Cristina no morirá. A cambio de ello permitirá que la muerte baje a cumplir su misión. Noé no

verá más a Cristina; animará a Rosalinda para que fallecido don Rosendo case con Eduardo; aconsejará bien a Cubero y confesará su crimen contra Sanabria. ¡Cuánto tuvo que ceder por preservar la vida de la amada! Pero es mucha significación para alguien a quien todos tomaban por loco.

El tercer momento conduce a la ejecución de lo pactado. Por eso cuentan los mismos signos del modelo precedente, con excepción del *objeto*: bajar la muerte, ayudar a Rosalinda y a Cubero y confesar su crimen. No hay ayudantes ni oponentes. El eje del saber trae como *donador* el orden divino y universal, y como *beneficiario*, a la Humanidad. Cuando en acatamiento de lo pactado Uvieta confiesa su delito ante José Luis, este no le cree. Recuérdese que nadie lo tomaba en serio y que el ángel mismo le había dicho que ya encontrarían atenuantes y argumentos para rebajarle la pena. José Luis le contesta, entre otras cosas: . . . Yo también he recibido un mandato divino de que te deje en libertad, sobreseído, absuelto, indultado y perdonado. (III, p. 202). Por eso exclama Uvieta, dirigiéndose quién sabe a quién: "Conste que cumplí". El espectador sí entiende que se dirige al cielo o, por lo menos, a Lorena.

Esquema 6

LIBERAR LA MUERTE.
AYUDAR A ROSALINDA
Y A CUBERO. CONFESAR
EL CRIMEN



Uvieta sólo ofrece un espacio visible, el bar de Chico, habilidosamente aprovechado para que el público sepa qué ocurre en todo el pueblo de San Luis. Desde allí se mencionan otros espacios como realidades sólo verbales: la casa de los Sanabria donde ocurre el crimen; el hospital, del cual Uvieta trae noticias; la casa de Chepe Mico, víctima del atentado de su hijastro; el patio de Uvieta donde está el “palo” de mango con la muerte cautiva; la iglesia donde el padre Bonifacio pronuncia el sermón que comentan doña Isabel y doña Elenita con Chico; por último, “allá arriba”, el cielo, del cual trae referencias el ángel.

Todos esos fuera de escena, lejos de debilitar la pieza, intensifican el tema central de la pugna muerte-vida hasta mostrar que aquella es necesaria.

Dada la conjunción de decorado, voces y gestos, el espacio ocupado por el bar del famoso Chico, adquiere diversas dimensiones: 1) *espacio físico* en cuanto porción visible cada domingo; 2) *espacio amoroso* en la medida que es portador de acercamientos de parejas y de crisis afectivas: el caso de Rosalinda y Eduardo y el de Noé Redondo (Uvieta) y Cristina Sanabria; 3)

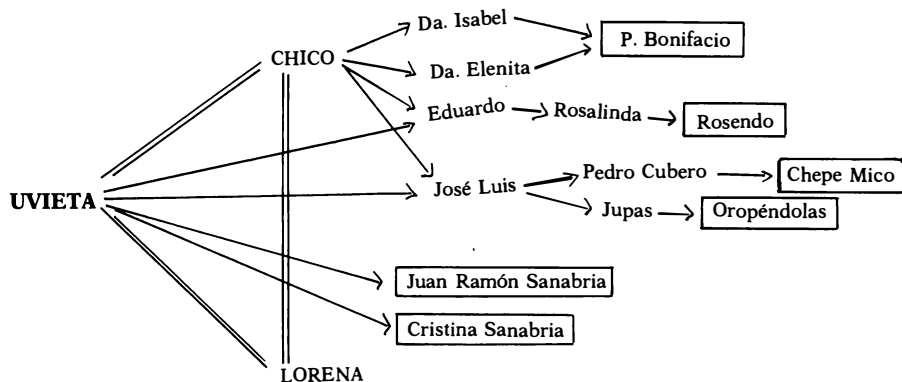
espacio mágico con todo lo concerniente a la captura de la muerte por parte de Noé, la total ausencia de fallecimientos en San Luis y la negociación entre el ángel y Uvieta.

La estructura de superficie ofrece a los personajes con sus respectivas situaciones dramáticas: Uvieta y el orden divino (para salvar a Cristina); Uvieta y Cristina (situación amorosa que se torna imposible por la prohibición del ángel); Uvieta y Juan Ramón Sanabria (situación legal); Uvieta y Lorena (situación subversiva); Carlos Luis y Jupás (situación delictiva); Jupás y Pedro Cubero (situación intimidante); Carlos Luis y Uvieta (falta de credibilidad).

La estructura profunda descubre un triángulo entre Uvieta, Chico y Lorena. Constituye la base de los conflictos y las relaciones interpersonales, el choque de los órdenes divino y natural (Lorena) y el profano y subversivo (Uvieta). Chico funciona como puente inicial entre ambos y como sutura entre lo que ocurre en el escenario visible y fuera de él. De la suma de todos los personajes y sus funciones se desprende el valor semántico de la obra; *la muerte es necesaria*. Así lo defiende Lorena quien prosigue: "... absolutamente toda la organización de la humanidad, del mundo, del universo, está basada en la muerte, en que los viejos le dejen el campo libre a la gente nueva..." (III, p. 165).

(Los personajes que van encerrados en recuadros, no actúan. Son alusiones).

VIDA



MUERTE

El espectador descubre cómo prevalecen los patrones culturales que le son familiares, por lo que estos no requieren ampliaciones explicativas. Del cielo u orden divino, dice Lorena: vengo de *muy lejos, mi casa, allá arriba, allá* todo lo ven y saben. Predomina el carácter locativo con expresión de distancia.

El público se complace en contemplar y ser contemplado y Cañas le da oportunidad de sentirlo así. Entre veras y burlas propias de su humor o de los vericuetos del absurdo expone los sueños, fallas y aciertos de la sociedad burguesa de su tiempo, la cual conoce muy bien como agudo observador de un mundo que le pertenece.

- (1) Daniel Gallegos. *La colina*. (San José: Edit. Costa Rica, 1969), páginas 137/138. El subrayado es nuestro.
(2) *Ibid*, p. 138. El subrayado es nuestro.

BIBLIOGRAFIA

De Alberto Cañas Escalante:

La segua y otras piezas. (San José: EDUCA), 1974.

(La segua, Eficaz plan para resolver la desnutrición infantil y de paso los problemas fiscales, En agosto hizo dos años, Algo más que dos sueños, El luto robado, El héroe).

Una bruja en el río. San José, Editorial Costa Rica, 1978.

Tarantela. San José, Editorial Costa Rica, 1978.

Escena de la torturada y el gorila. San José, Editorial Costa Rica, 1983.

Ni mi casa es ya mi casa. San José, Editorial Costa Rica, 1983.

Uvieta. San José, Editorial Costa Rica, 1980.

Oldemar y los coroneles. San José, Editorial Costa Rica, 1984.

De Daniel Gallegos Troyo:

“Los profanos” en *Repertorio Centroamericano*, 1964.

Ese algo de Dávalos. San José, Editorial Costa Rica, 1969.

La colina. San José, Editorial Costa Rica, 1969.

En el séptimo círculo. San José, Editorial Costa Rica, 1982.

La casa. San José, Editorial Costa Rica, 1984.

Punto de referencia. San José, Editorial Costa Rica, 1984.

La aureola. Inédita.

EL TRUEQUE

Aquella tarde le dio a Tata Mundo por hacer recuerdos, a los que era tan como viejo hablantín inclinado, y pasando de brincos de saltamonte de uno en otro, vino finalmente a caer en dos ya finados parientes que allá en sus tiempos mozos había conocido.

—Por ahí dicen a menudo —gruñó pensativo mientras a nosotros se nos caía la baba escuchándolo—, que naide sabe para quién trabaja, y yo me ando temiendo mucho que eso está equivocado. Más bien me quedo con aquello de que el que la hace la paga, pues al fin y al cabo uno vive y se joroba para recoger cosecha, aunque en veces la cosecha la levanten otros por uno, que es, como bien lo veremos, otro modo de cosecharse uno mismo. Si no, aquí está la historia de mi primo Remigio y mi primo Gabriel, hijos de tía Francisca, la que fue casada con tío Rubén Fuentes. Uf, ya va pa cuarenta años que pasó esta historia, y a mí nunca se me olvida porque es una de las cosas que más pensamientos me han hecho ordeñar de mis sesos. Gabriel y Remigio eran de los menores, y aunque no gemelos, le salieron a mi tía muy parecidos de cuerpo y de cara. Yo no me acuerdo ya quién de los dos era mayor, pero sí que el uno vino en seguida del otro, y que desde chacalines, que ni que lo hubieran apostado, si el mayor jalaba p'acá, el menor tiraba p'allá, y cuando este decía que sí, aquel, de seguro, que no. Y a medida que fueron creciendo, por éstas que en mi vida supe de dos mamulones que tuvieran ánimas ni humores más diferentes. Remigio, quien por lo visto nació buey manso y bueno para el yugo, desde chacalín dio muestras de mucho empeño para ayudarle a tío Rubén en las labores del campo, y asina aprendió a defenderse con su machete y su pala, en tanto que mi primo Gabriel, más avisado y mañoso, siempre andaba a la zafada, ya monteando, ya por La Línea, ya en la capital buscando vida en trabajos que naide sabía. Hombre, y lo cierto es que mientras Remigio la pasaba pobre, Gabriel a veces nos enseñaba así fajo, que, bueno, no le calentaba mucho los bolsillos porque como le entraban las platas asina se le lavaban de fácil. Buen guitarrista, mejor bebedor y excelente para la cutacha, a nosotros nos daba cólera ver cómo nos quitaba las novias, nos ganaba a las trompadas, y a zampar tragos, ni para qué; cuándo no nos dejaba molidos y bien almadiados, en tanto que a él ni goma le había de agarrar. Señor, y por eso mismo, han de creer que le caía bien a todo el mundo. El muy demonio se las amañaba de manera que no había quien no votara por él. Lo que yo llamo un fulano con el costal siempre lleno y regándosele, como a ciertas mujeres las ubres. Que la llevaba suave el hom-

bre, la llevaba. Uh, me acuerdo bien de lo orgulloso que este viejo Tata Mundo se ponía cuando alguien le preguntaba si Gabriel Fuentes era su primo. Se me aguaba la jeta de gusto respondiendo que éramos parientes.

Tata Mundo se aflojó el nudo del pañuelo, aireándose un poco la garganta, y luego siguió con su primo Remigio.

—Primo Gabriel se había ido del lugar hacía dos años largos, cuando primo Remigio echó patas para el Guanacaste con una su mujer con la que nunca supe si se juntó o se casó con todo y padre. A filo de cuchillo, de lujar palas en los cafetales y hacerse un arco sobre las sementeras, el hombre había conseguido juntar su manadilla de pesos, y ya la mujer con su primera panza, arreó con ellos y con ella para allá diz que a una tierra que había conseguido barata. Tenía también su vaca y un caballo, y llenando año con año y sudor sobre sudor sus diez buenos sacos de paciencia, ¿lo adivinan ustedes?, primo Remigio se salió con la suya: hizo finca, construyó rancho y echó al mundo cinco descendencias, dos machos y tres mujeres. Así, rodeado de unas vacas, buen número de gallinas, su par de yuntas de bueyes y algunas manzanas de maíz y frijoles, me lo vine a encontrar por aquellos años un día que me fui de sácalas allende la cordillera y estuve temporando en su rancho. Me acuerdo que le pregunté:

—Hombrecito, Remigio, y ¿qué has sabido últimamente de Gabriel?

—Poca cosa, como siempre. Creo que aún está por La Línea. Ese Juantarantas no se halla si no es brincando de aquí para allá y yendo de una cosa en otra.

—A mí me contaron —le dije— que es que se había metido a contratista de madera, allá por Guápiles, entiendo que para una compañía de machos, de esos que siembran el banano.

—Pues a saber —frunció la trompa Remigio—. Ya ves, Mundo, y no ha hecho nada Gabriel. Ni sienta cabeza, ni cuaja familia. Porque la Mercedes, aquella con quien andaba el año pasado, supe que se le aventó con otro. Y él seguro muerto de risa.

—Pero hijos, esos sí que los ha dejado sembrados por aquí y por allá.

—No digo yo que sembrados. Destormentados, carajo.

—Ustedes como que no se llevan, ¿verdad, Remigio?

—¿Qué te dijera? Quizá que no. Pero nos queremos.

—Son hermanos, y tan parecidos de físico.

Eso hablamos de Gabriel cuando nos vimos. Yo seguí mi camino, y ellos, como verán ustedes, también. Meses habrían pasado cuando llegó al maizal la mayorcita de Remigio a avisarle que en la casa estaba el tío Gabriel. Remigio volteó los ojos, como extrañado, y en tres o cuatro caitazos se puso en el rancho y ya estaba abrazando a su hermano y preguntándole mil cosas. Gabriel, por lo común hablador y comunicativo, apenas si medio respondía. No era el mismo. Claro; traía su buen gallo tapado, y así de grande. Halando aparte a Remigio, de buenas a primeras se confesó con él:

—Mirá, ando juyendo. Me cagué en uno.

Remigio cambió de semblante; de ojos, de boca, hasta de orejas, que se le pusieron coloradas. Remigio tomaba las cosas en serio; las sufría con todo su pecho, se hacía cargo de ellas. Mientras estuvo nublado, no acertó a hallarles trillo a las palabras. Luego que se le limpió un poco la cara y pudo echarse al hombro la carga de la impresión tan fea que acababa de recibir, preguntó cómo había estado el asunto:

—Vos conociste a Lorenzo Víquez. Como era hombre de cuidado, y yo no soy ningún flojo, nos teníamos respeto; ¿entendés? El también se había metido a contratista de maderas y tenía su trabajador cerca de donde estaba mi saca. El manejaba hombres, y yo manejaba hombres. Por eso habíamos marcado de acuerdo una línea de palos que dividía mi parcela de la suya. La vaina fue cuando llegamos a los palos señalados, que yo hacía propios, y él también.

—Ah bárbaros, y habiendo tantos. Entortarse por malditos unos palos.

—No, Migio; la madera no era la cosa. Pero, vos sabés: él tenía hombres que mandaba, y yo mandaba a mis hombres. Me estaban viendo. A él los suyos también lo estaban viendo. La cosa asina cambiaba. Tal vez si hubiéramos estado solos, pues, o yo se los largo, o él me los deja. Total, uno que otro laurel, y los más puros ojoches de poco valor. Pero había que mantener la autoridad... La pura tuerce. Nos apañamos.

—¿A machete?

—Mjm, y limpiamente. Lo enterraron allí mesmo, en la montaña. Pero no faltó un lenguón y...

—Te persiguen.

—No creo que sea para tanto, por aquí; está lejos. Pero me han encausado.

A Remigio le dolía con escozor saber que su hermano debía ahora una muerte. Pensó tirarle encima una estiba de palabras duras y reconvenciones que lo hirieran, que lo maltrataran, que lo hicieran sentirse infeliz y culpable. Mas no lo pudo. Vio que su hermano estaba hecho de otras razones, formado con otra clase de sesos y otros sentimientos que los suyos, y apenas le agregó:

—Quedáte aquí si querés. Trabajo sobra, y hay que comer.

Gabriel, pensando para sí que se quedaría apenas lo indispensable, tan largo como hubiera peligro y tan corto como encontrase algún portillo por donde saltar de nuevo a su vida libre y despreocupada de siempre, sonrió agradecido a Remigio, y en los días que siguieron se mandó a trabajar con él en las sembraderas, aunque, de cuando en cuando, se autorizó a irse de montería por todos aquellos lugares, tan sabrosos de venado y dulcíticos de tepezcuintle. Bueno, no vayan a creer ustedes, primo, Gabriel, si se ponía, sabía también domar a paladas un surco tamaño de tierra, porque en músculo quizá que le llevaba la mano a primo Remigio.

Pero ya se me hace este cuento muy largo. Ustedes tal vez están pensando que falta mucho para que le lleguemos a la coia, y ahora casi, casi estamos saliendo de él. La gente acostumbra morirse. Algunos, como este duro y correoso Tata Mundo, se vuelven reacios a esa cosa, y se van quedando para contar la vida; mas no aconteció así con mi primo Remigio. No lo mordió una toboba, ni se lió a machetazos con naide, ni lo corneó torete chúcaro ninguno. Le entró enfermedad que lo dobló en la cuja, y allí se nos fue muriendo de una muerte tan suave y tan ligera. Empero no tan ligera que no diese tiempo a mi primo Gabriel para sacar y poner a asolear un maldito pensamiento, que para cuando su hermano se hallaba a punto de echar la postrer boqueada, ya bien tostadillo se le había convertido en decisión. Sucedió que la causa por el homicidio continuaba muy viva y peligrosa, según había sabido por un amigo, y en estos casos uno quiere echar mancuerna a la ocasión que se presenta propicia, y esto era lo que Gabriel deseaba decirle a Remigio, si bien no se atrevía por miedo de irlo a terminar de una vez, o algo así. Hasta que se lo dijo. Y el moribundo, cosa curiosa y llena de miga, se alumbró todo de los ojos adentro y del semblante afuera. Quedóse mirando como reconocido con él a su hermano, y movió afirmativamente la cabeza, mortecina, sí, pero también decididamente. Murmuró:

—Sí, mano... Me llevo tu nombre... y te dejo el mío... Cargálo, eso sí, con honra.

Al que llevaron a enterrar fue a Gabriel Fuentes, porque Gabriel Fuentes había cogido la fe de bautismo de Remigio y ahora andaba con ella en su mochila.

Tía Francisca había tenido la ocurrencia de parirlos muy parecidos de cara.

Por donde que Gabriel, a quien no le quedaba más salida, alzó con toda la carga de mi primo Remigio: la casa, la finca, los chacalines, y... hasta la mujer.

Años después me lo encontré en la Boca del Tempisque, adonde había venido arreando un ganado. Y ¿han de creer ustedes?, ya no era Gabriel Fuentes. Era, positivamente lo era, Remigio Fuentes. Aunque, seguro, un Remigio un algo taciturno y callandero. Había enriquecido, agregando otros diez sacos de paciencia a la paciencia de mi otro primo. Y también añadiendo descendencia, como que eran ahora ocho sus hijos, Ji ji ji —ric Tata Mundo—, y yo me quedé dudando: ¿quién en definitiva, murió aquel día? ¿Aquel relumbre de alegría de Remigio, el moribundo, no habría sido un terrible gesto irónico, lleno de sabiduría, como si hubiese estado diciendo: “Sí, mano, yo te cambio mi muerte por tu vida”?

A Tata Mundo se le ocurre, hijitos míos, que se dan casos en que un difunto sigue viviendo, en tanto que un hombre que vive, en realidad ya se halla enterrado. Pues las gentes nunca supieron la verdad, y asina, primo Gabriel tuvo que meterse en el cuerpo la existencia del otro, más pesada que la suya, y darle a este la propia para que se la llevara al cementerio.

LA BRUJA

Estábamos unos cuantos pereceando ya tarde en el corredor de una pulpería, cuando llegó Tata Mundo. Ya cómodo y bien sentado sobre un costal de cubaces comenzó a picarle la punta de la lengua, y como Tata era de los que no tardaban en rascársela, no sé a cuento de qué, que alguno dijo, la soltó por el camino y nos contó otra historia:

—¡Hijo de Dios; pero qué temeridad es hacer un nudo y en seguida no saber cómo desenredarlo! Asina le pasó a una comadre que yo tuve y que, ya lo verán ustedes, por dárseles de panadera metió al horno un pastel que se le chamuscó todo y se la llevó por último de encuentro. La tal había de muy ternerilla quedado aumentada de no se sabe quién, con lo que le nació a los nueve justos una chacalina lo que se llama linda. La gracia le valió que la familia la pusiera puertas afuera, pero como hay milagros, y los pobres ya por sí mismos como que son inilagros vivos, mi comadre se las compuso para vivir y criar a su hija, a quien puso por nombre Fidelina, y hasta para sacudirse de encima la pobreza.

Yo, bien que ustedes lo saben, no creo en brujas de esas que diz que vuelan en escobas y se despatan a errar por los aires de la noche manoseando vidas y haciendas ajenas. Pero sí tengo tragado que hay quienes nacen brujos de por sí, con lo que digo que traen sabidurías naturales o aprenden más de la cuenta de sí mismos y de los demás, y asina hechizan y manejan fácilmente a otros. Uno, que no es más que hombre común, se cría lleno de grietas y endebleces. Y como no nace con más ojos que dos, no trepa sino a ser cristiano a secas. Pero esos que llaman brujos como que llegan al mundo bien almorzados, de mejor vista y oídos más agudos. A poco que crecen, se avisan mejor que uno, van ojeando las mellas y quebraduras que al simple cristiano aquejan, por ellas se meten y caminan que ni por finca propia, y, así quién no, mandan y se aprovechan. Todo esto porque mi comadre Auristela Arteaga como que había nacido bruja.

No sé hasta dónde una temporada que se mandó a pasar por los Escazuses le enseñó algunas mañas y brebajes de esos que sirven para engatusar a tontos y enredar a desprevénidos. Mas

sí me sé que la Auristela anduvo tatarteteando por la capital sus buenos años, donde llevó vida de patio y se acostumbró a noches de gata de tejado que, bien conducidas, siendo que no era nada fea y sí lo lista que les cuento, le sirvieron para armarse de alguna mala fama y también de alguna buena platilla. Para mujer sola y madre de una doceañera, mi comadre no la pasaba tan apretada cuando regresó al vecindario, ahora con humos de capitalina y prestamista de dos mil pesos al cinco por ciento mensual. Así no más, claro está, no se iba a lavar de encima su historia, que se sabía llena de lamparones, por más jabón y resregadas que se diera. Las gentes no perdonan fácilmente, y menos a estas Auristelas que se encumbran con el viento que sea. Con mi comadre no sé decirles qué se cobraban ni qué culpa le podían encaramar a la mujer. ¿Quién había metido a sus parientes a ser tan jueces con ella y tan verdugos aquella vez que porque tropicó la echaron al barreal a que se ahogara? Pero como las gentes se acostumbran, pronto, sin perdonarla, se acostumbraron a ella, y hubo ya quién algún adiós y algún buenos días le dejara caer al pasar por la casilla que se había mercado frente a una calle orillera. Lo bueno comenzó para ella cuando se supo que la mujer sabía de cosas ocultas, echaba y limpiaba maleficios, y leía el porvenir en las manos. No era tanta, amigos míos, la ciencia de mi comadre, que apenas llegaba como hemos visto a unos cuantos artificios bien aprendidos, mas como en cosa de "creyenza" son las gentes quienes se encargan de doctorar o no, me doctoraron a la comadre, le tuvieron por eso recelo y se cuidaron de no jorobarla. Ahora teníamos bruja titulada en el barrio y la cosa sonaba a campanillas; aseguraba altura sobre los otros distritos, que sólo podían tener maestro, curandero, algún tonto y algún atarantado. Y a todo esto, ¿qué pitos tocaba por mientras la Auristela? No pitos que se oyeran mucho; el contrabajo sí, sordón y disimulado. Ni decía que sí, ni decía que no. Y se rodeaba de misterio. Luego se averiguó que prestaba plata. El maestro, como no creía en brujas, fue el primero en ir por lana; se medio hicieron amigos. Más adelante, el turco de la pulpería se llegó a que lo pelara y acabó también por medio apegarse de mi comadre y ventearse la boca diciendo linduras suyas. Ya cuando ñor Rudecindo Huertas, con todo y lo espinudo de su cáscara de chayote sazón, entró en un trato por la pura necesidad de amacizar una cosechilla de café, se acabó de desmoronar la tapia que la tenía separada del vecindario, las chacalinas jugaron quedó con su chacalina sin que las madres les arrancaran las orejas, esta entró de alumna en la escuela, y en un turno que hicieron para remendar la ermita la Auristela midió la distancia, vio que ya lo iba pudiendo, y se metió a mandonear las rifas y las bombetas, con lo que el turno dio muy

buena cosecha. Ya les he dicho lo enterada que era. Adió; la hubieran visto ustedes codeándose con tata cura y ña Pascuala, ésta como quien dice lo mejor en religión del barrio. Para la política corrió a enhorquetarse en una yegua vieja y a desfilar al lado del candidato de la ganancia. ¿Acaso mi comadre servía para apuntarse a cosa de perder? Para qué los canso más. Dos años más tarde, ya se las había campaneado para echarle la manea a un viudo bastante rico que había en mi barrio. Las lenguas murmuraron que había sido a punta de polvo de cuyeo y caldillo de tarántula. Qué cuyeo ni en qué vainas me veo. A mí con esas. Si el mesmo viudo vino de dundo a meter sus patotas para que se las amarrara. Hacía su rato que ñor Pascual andaba medio enfermo, rato en el que el curandero ya le había descascarado sus buenas tajadas sin que la curación llegase, a más de la receta de fulana y el consejo de mengano y un viaje al centro de Aiajuela para ver a un doctor lleno de fama. Júnteme ustedes tantos merendengues para una sola dolencia con que la persona no se nos compone de las dolamas, y aquí anda candanga de por medio: maleficio. Y, tras el maleficio, acudir a quitárselo de encima adonde está candanga. Fue a buscar a Auristela. Y mi comadre, que tanto como darse por bruja nunca se daba, viendo el modo de llevar el asunto por buen camino, mandando, mandando, y aprovechándose, pero sin enseñar sus ganas. Uh, ella se sabía sus modos. No le soltó prenda de bruja a ñor Pascual esta vez, pero entre si le digo o no le digo que vuelva se lo fue llevando y se lo fue trayendo en la conversación, y para cuando el hombre se despidió ya le había metido en la cabeza, entre inocencia e inocencia, la si es no es verdad que ella sí que podía limpiarle el maleficio, sí que sabía quién y cómo y por qué se le había echado; con lo que ñor Pascual se fue chapaleando dudas en un gran charco de incertidumbre, sin nada en claro. Y a la semana volvió de majadero:

—¿Cómo está usted, niña Auristela?

Hasta niña se dejó decirle.

—Pues así como usted ve, pasándola. ¿Cómo sigue la salud?

—Peor que peor, Auristela.

—¿Y no fue a San José, como le dije? ¡El doctor Vargas es tan acertado!

—No, qué va. Ya para dautores sobra. Naide me saca a mí la idea que es que esto está para otra clase de remedios.

Y entonces mi comadre, haciéndose la distraída, como que le cogió la mano, se la volteó y dijo a figurar que leía en ella. Para impresionar se pasó por la cara como nueve caras distintas, una tras otra, haciendo ojos y retorciendo mohínes y respingando nariz. Así que vio que ya había impresionado, soltó la

mano de ñor Pascual como con miedo de tántas cosas que había en ella leído y dijo, volviéndose a poner su cara de entre semana:

—No me meta en este compromiso, amigo. Estas cosas me asustan.

—¿Qué es lo que le asusta? —preguntó él, todo temeroso.

—Lo que he visto.

Y aquí fue mi ñor Pascual rogando y suplicando que le sacara el maleficio y mi comadre finge que finge que se negaba, alegue y alegue que ella no hacía esas cosas, puesto que no vivía de oficio tan extraño y peligroso. Que, bueno, era verdad, en otro tiempo había aprendido algunas sabidurías de esas, por pura fatalidad. Una vieja amiga muy sabida en misterios le había descubierto que ella, de nacimiento, traía especiales luces para los hechizamientos, mas, no, que no, diez veces no; ella tenía su hija a quién educar, y por nada del mundo quería que se dijera de su madre que andaba en estos trapos de brujería vestida. Y hasta se quiso enojar con ñor Pascual cuando este se animó a hablarle de que le pagaría con un buen rollo. Al cabo, dijo que por la estimación que le tenía y porque se le volvía difícil no buscarle el bien a un amigo, le diese tiempo para pensarlo. Quizás iría a la capital a consultar con su vieja amiga el caso de ñor Pascual, para lo que le hizo contar uno por uno todos los detalles de su dolencia, y le sonsacó así con cucharón grande buenas rebanadas de las intimidades de su vida. Con todo lo que en plata blanca averiguó, mi comadre olió en claro que aquel viudo todavía cosposón lo que se había vuelto era un gran saco de nervios y nada serio tenía, como no fuera que estaba solitario y con la viudez se le habían enfriado demasiado las cobijas.

Sí señores —apuntó socarrón Tata Mundo mientras rayaba un fósforo que le alumbró los ojillos burlones—, ya ven ustedes que mi comadre Auristela sabía leer las líneas de la mano. Yo no sé si fue ese mismo día cuando se le atravesó la idea o si esta se le vino poco a poco cuajando. Lo cierto es que se determinó a ser ella la que le desenfriara las cobijas al viudo. Razones tenía para intentarlo. Han de saber, amigos, que esta clase de mujeres hechas a machamartillo, que tanto se acuestan diablos como amanecen ángeles, también sienten responsabilidades. La Auristela era madre. Y ella, que se había maleducado a brincos y a saltos, y ya tenía alunados los lomos a punta de tanta albarda, deseaba criar y educar mejor a Fidelina. ¿Y dónde me dejan la sabrosera de poder desquitarse con la familia y con este pícaro mundo, que tan a la grosería me la habían tratado a

la comadre? Miren que Auristela había hasta las fechas sacado la cabeza de entre las piedras, con ser que hasta piedras había tenido que digerir en su vida, pero no me la vayan a creer contenta ya con sus dos mil prestados al cinco, su casilla de a dos reales, y ser una más, aunque bruja, de las comadres de mi pueblo. Ahora le había conocido las debilidades a ñor Pascual; lo demás era asunto suyo.

—Hombre, Tata Mundo —interrumpió uno de los presentes—. No nos ha dicho por qué la Auristela era comadre suya.

—Ah, —se rascó la cabeza el viejo—, ya me salió usted abundando. Tenía que venirme con la preguntita; qué manera de ponerse a sobrar... Pues que yo, por puras lástimas, le llevé a cristianar a Fidelina, cuando de jovencilla dio su mal paso, lo que me valió que las lenguonas del barrio me cargaran a mí el mandado de la criatura. Voy yo de buenazo y apadrino, y de dónde que no salieron como avispas de todos los panales los cuentos conmigo y con mi comadre. Asina son las cosas, carachos; mas como quiero creer que entre ustedes no hay ningún mal pensado, sépase que de compadre y comadre nunca pasamos, y que yo, por la responsabilidad que me había echado ai hombro, más de una vez anduve de entrometido con las cosas de mi comadre y con la chacalina, lo que me agregó más vainas y más cuentos, y yo dejándolos resbalar sin importarme, y hasta halagado, qué van a creer, pues Auristela, todavía para estos tiempos de sus jaleos con ñor Pascual, no estaba malazonada y caía bien a la vista. Pues sí, cabalmente yo quise atravesármele esta vez de consejero y le hice ver lo feo que iba a parecer que ella se afianzara de aquella manera, pero qué valía espantar piuses ahora cuando todo el maíz ya había ido lejos. Y como éramos tan confianzudos el uno para el otro, fue y la mujer me contó de qué guisa le había sacado el mal a Pascual Méndez:

—Se lo hice con el pañuelo, el pelo, el vaso y el huevo de tortuga.

—Ah, qué bárbara de comadre.

—Diay, Mundo, ¿y acaso no lo curé? Ahí está la cosa. Mandé a Fidelina por un encargo al centro y mientras tanto puse a humear copal y estoraque, para que hubiera aire apropiado. Senté a Pascual en el suelo, le pedí el pañuelo y en seguida un pelillo de, bueno, de allí abajo. Lo envolví en el trapo y recité las oraciones según me las enseñó ña Leandra. Lo hubieras espiado tan en aquello, nervioso y asustadizo, pero creyente. Yo aproveché para decirle que pidiera buenas cosas para él, riqueza, amor, felicidad. Y hasta lo puse a hincarse. Luego traje el vaso con

agua y con la flor adentro. Lo envolví en el pañuelo, lo volqué sin que se regara, se lo arrimé al oído y le dije que si hervía era que el mal estaba saliéndole.

—¿Hirvió? —le pregunté riéndome.

—¡Cómo no iba a hervir, si yo restregué los dedos en el trapo, retorciéndolo! Suena contra el vidrio como hervor de líquido.

—Seguro que peló así ojos.

—Y así jeta. Pero yo le dije que todavía faltaba. Traje el huevo de tortuga, seguí rezando mis enredijos, metiendo a María Santísima y a San José de cuando en cuando, y a él diciéndole que pidiera y pidiera. Envolví el huevo en el pañuelo, puse los ojos en el techo y le advertí: ahora sí, Pascual, si sale aquí la cochinateda, es que usted está ya libre. Si no, si no, pues habrá que empezar de nuevo otro día.

—¿Y salió?

—No, qué iba a salir. Costó como dos meses de tanteos. Probé otros modos, como el de que me pasara a mí su mal, pero tampoco. Hasta que al fin un día, cuando rompí el huevo, salió el gusano negro.

Yo, que no soy ningún lerdo, sabía qué clase de gusano debía de haber enrollado junto con el huevo aquel diablo de mujer para impresionar al ñor. Su buen mechón de cabellos, que con el atolillo del huevo, podía parecer gusano negro. Y tampoco ignoraba qué untijo de manoseos y tentáme vos acá debió de haber sido todo lo que le mandó hacer al hombre para que probara a pasarle el maleficio.

Con lo que el viudo, de veras, quedó esta vez completamente hechizado, mas de lo que pronto se vino a ver públicamente en el distrito. Se aficionó a mi comadre; y de qué modo.

Ustedes van a pensar que a todas esas yo me estaba portando de alcahuete, y sí que no. Lo malo era que las patrañas de mi comadre me caían en gracia, de donde que me costaba mucho hacerme el serio para reprenderla. Pero su buena reprimensión se llevó, ténganlo por seguro. Me arreiqué la faja y le hice ver el mal ejemplo que le estaba dando a mi ahijada.

Hombre, y lo que me respondió mi comadre:

—Mundo, no sea usted tonto. A mi hija no le cae mal estrenar tata, que nunca lo tuvo, y más, va a tener casa horconuda y grande. Yo sé cómo me manejo.

Me fui con el rabo entre las piernas, y ella siguió anudando la pita hasta salirse con ñor Pascual plantado con ella frente al cura en la iglesia, seguro y matrimoniado. Bien que sabía este

viejo lo mucho que el diablo había amasado las tortas de novio que nos cansamos de comer en el festejo, pero siendo entre mayores de edad el desbarajuste, quién lo iba a meter de reñentor. Y como compadre que era de la Auristela, y tan amigo, uh, cuánto se divirtió bailando y cuchareando el guarito. Hubieran visto a Pascual Méndez haciéndoseme el amigo con lo de “compadre por aquí, compadre por allá”, y a mí en el fondo cóliéndome el hombre, aunque también teniéndole mi cólera por lo tonto que se había portado dejándose ahí no más apercollar de la Auristela.

—Hm, ¿no sería, Tata Mundo —se atrevió a insinuar uno de tantos—, que a usted lo que más le escocía era la comadre, ahora casada?

—Caray, pues a saber —siguió Tata Mundo luego de pensarlo un poco—. La verdad es que yo no la malquería. ¿Sabe? Me hace usted enredarme en dudas. La tal comadre como que era bastante pegadiza, y quién quita un quite que a mí por entonces ya se me hubiera enroscado en los sesos. Nunca se me ocurrió que fuera asina, aunque ahora vengo a ver que su punto hubo de escozor en todo aquello, quizá que lo hubo. Mas esto para nada interesa. Sí que importa lo que aquel día noté a luz de sol sin nubes. Y fue que el hijo de ñor Pascual no las tenía muy dulces con Auristela. A la legua se veía lo mal que estaba aceptando la ocurrencia de su tata. Con ser que era hablador, no abrió la boca en todo el tiempo, ni probó vianda ninguna. Se estuvo allí por no enseñar lo ardidó que se hallaba. Pero yo acaté muy pronto y comprendí lo ácido que le estaba corriendo el humor por todo el ánimo. ¿No ven que traté de platicarle y me gané que a mí también me hiciera parte de su inquina? Se me había olvidado que la novia era mi comadre, y allí lo recordé a las cieras cayendo en la cuenta de lo a disgusto que el muchacho se encontraba conmigo. Me aparté de Eustaquio y me dije: “hueie a agrio”, porque agria y tilinte se veía la cosa.

Miró Tata Mundo su reloj y vio que ya era tarde:

—Me tengo que ir. Ahí otro día les cuento la mar de salazón donde desembocó esta historia. Tal vez que sea mejor dejarla aquí no más, pues hasta aquí es historia de gracia, y el cabo que nos falta no me ayuda a alegrarme.

Qué iba nadie a permitir que se fuera dejándonos a oscuras; y como no podía contra tantos, puso abajo y continuó:

—Yo me fui por entonces lejos, allá por donde nacen los relámpagos, y no volví a mi pueblo durante unos años. Fue mientras tanto que el fuego de los días se dio gusto fraguando, y endureció a los unos donde derritió a los otros. La comadreja se le coló en el patio a mi comadre por donde no lo esperaba.

No le pareció mal, vaya que no, cuando venteó el camino que primero las miradas y luego el corazón de Eustaquio comenzaron a caminar en pos de su Fidelina. Y el amor del muchacho creció sin que aparentemente mi comadre anduviera pero ni sabiéndolo, aunque no acababa de pedir a todos los santos que madurara en matrimonio. Tanto miró hacia aquel lado, que con ser tan bien dotada de ojos, nada pescó del otro. Ñor Pascual, al parecer tan de barro suave con el que podían hacerse desde ollas hasta comales, era también de gusto y enamoradizo. Bueno, no sean ustedes tan duros. Yo, pecador como cualquiera, puedo asegurarles que no le sucedió por maldad ni por glotonería. Quizá por debilidad. Si flojo se había portado cuando mi comadre se autorizó a doblegarlo, débil seguía resultando después, que ni un quelite tierno. Las lenguas hablaban mal de su mujer. Decían que le robaba las vueltas con un mozo jovenzón de un barrio vecino y que traía al ñor de poco más o menos, haciéndolo dormir en el galerón de las vacas, ahora que lo tenía tan apersogado al bramadero. Pero Pascual Méndez aún no había llegado a poca cosa ni a viejo todo chocho. Se desamorizó de mi comadre prendándose como un sonámbulo de Fidelina. Y esta, que aunque la madre lo ignoraba sabía ya casi tanto como ella, se puso a llevarle la corriente al río y a jugar con el tata mientras pensaba más adelante ponerle la trompilla al hijo. Por supuesto, todo por encimitica, sin ir más allá de una mirada y una sonrisota, que al sazón de ñor Pascual hacían hervir como manteca en lebrillo. Vino en seguida lo del regalito aquí, lo de la palmadita allá, ni qué decir que a escondidas del hijo y hurtadillas de Auristela. Hasta que el hombre, embiste que te embiste, se salió con la suya. Cuando mi comadre notó la novedad en Fidelina, dijo a alegrarse y a babear del contento, porque, ahora sí, la cosa estaba en punto de jalea, y ella se encargaría de todo lo demás. Tan acostumbrada estaba a hacer siempre todo lo demás que no podía imaginarse otro final para el asunto que el casamiento de su hija con Eustaquio, a quien hacía padre de la criatura. Susto el que se llevó cuando al traer al terreno de las verdades a Eustaquio, este nada le respondió sino que apretó labio con labio, y la miró con unos ojos así de claros, así de airados, así llenos de odio. El mundo se le vino al suelo a mi comadre y se le quebró como un tiesto cuando acató la cosa. Cara más pálida la que puso; una muerta hubiera parecido a la par suya mi cobija colorada.

Esperen ustedes; asina no se quedó la cosa. Por un lado ella, y por otro el hijo burlado, comenzaron a pensar matar, y a no decirlo.

Y un día encontraron en el cuarto del galerón de las vacas, donde dormía entre sogas y monturas ñor Pascual, dos cuerpos macheteados: el de él, y el de mi comadre. Y como aparecieron por ahí los dos cuchillos, ¿qué iba a pensar la gente sino que entre los dos se dieron de filazos y se mandaron al infierno? Y asina se sobreseyó la causa, como que no sobrevivió reo a quién mandar para San Lucas. Mas yo llegué por aquellos días de las Minas de Abangares, supe la desgracia, y me dije: Hm, qué va, aquí el agua está más honda. Y me puse a averiguar. Me zumbaban los oídos con la extrañeza de que ñor Pascual hubiera estado durmiendo como quien dice con su cruceta bajo la almohada, a más de que no se me figuraba fácil de llevar la cosa de que mi comadre hubiera podido con él a machetazo limpio, cuando se sabía lo bueno que había sido para arrendar su realera. Y como yo no me quedo con basura en el ojo, un lunes de plaza que me encontré a Eustaquio Méndez por Alajueta, le metí unos tragos, los pastoreé de lo lindo y acabé por hacerlo contarme todo el tamal, ya sin hojas. Fue Auristela la que destazó todo a ñor Pascual. Pero fue él, el hijo, quien alivió de la vida a mi comadre. Me lo contó lloriqueando, sentido como el que más y como no queriendo ni acordarse. Dijo que su intención había sido matar al viejo. Lo había rumiado a lo largo y a lo hondo, noche sobre noche. No ven que el tata le había quitado a Fidelina; la había deshonrado, y de él se había reído como quiso su gana. Y dio la casualidad que se fue a encontrar con la barbaridad cuando llegó al cuartillo de su tata; el viejo agonizando, y la mujer todavía dándole de filo. Qué extraño; aún estoy viendo a Eustaquio explicándome lo que le cogió en aquel momento. Vio claro, dijo, clarísimo. Se le salió lo hijo de dentro del pecho, respiró por su tata, y se le fue encima a la causa de todo: la bruja.

A saber si como ya venía a beber sangre, no pudo detenerse, y convirtió en doble venganza, la venganza.

Yo nunca conté nada. Para qué, ¿para hacer más desgraciado a Eustaquio Méndez?

Terminé nuevamente de buenazo, y me salí con la mía: llevé a cristianar al chacalín de Fidelina, del que todavía soy el padrino. Pero esta segunda vez sí que naide se atrevió a salir con cuentos... Había dos muertos que hubieran atestiguado a favor mío.

ENMIENDAS Y ADICIONES A LOS DICCIONARIOS
PROPUESTAS POR LA CORPORACION
DURANTE EL MES DE MARZO DE 1988

a². ... || **19.** [*Suprímese.*]

a-. [*Enmienda.*] **a⁻².** ... Prefijo que denota ...

a⁻¹. Prefijo que sin significación precisa entra en la formación de voces españolas. *Amatar, Avenar, Agrupar.*

abullonar. (De *bullón².*) tr. Adornar telas con bollos, plegados esféricos.

-aceo, a. (Del suf. lat. *-aceus.*) Elemento compositivo que entra pospuesto en la formación de voces españolas con el significado de "semejante a". Es especialmente abundante en la nomenclatura botánica.

adserbeyano, na. adj. **azerbaijano.**

adzerbeyano, na. adj. **azerbaijano.**

adzerbeyonés, sa. adj. **azerbaijano.**

agente. ... || **comercial.** Persona que profesionalmente gestiona por cuenta ajena, mediante comisión, operaciones de venta, ateniéndose a las condiciones estipuladas por la empresa en cuya representación actúa.

almacenero, ra. ... || **1 bis.** Persona que tiene a su cargo la organización de un almacén. || **2 bis.** *Argent., Par. y Urug. Mozo* de almacén.

andamio. ... || **3.** [*Suprímese.*]

antihipertensivo, va. adj. *Farm.* Que es eficaz contra la hipertensión arterial. U. t. c. s. m.

armamentista. adj. Referente a la industria de armas de guerra. || **2.** Partidario de la política de armamentos. U. t. c. s. .

aromatoterapia. (Del gr. *xpwma, -ajos, aroma, y -terapia.*) f. *Med.* y *Farm.* Utilización médica de los aceites esenciales.

audioprótesis. f. Adaptación de audífonos u otras piezas artificiales para la corrección de deficiencias del aparato auditivo. || **2.** Pieza o dispositivo electroacústico destinado a esta corrección.

audioprotesista. com. Profesional especializado en audioprótesis.

azerbaidjani. adj. **azerbaijano.**

azerbaijanés, sa. adj. **azerbaijano.**

azerbaijani. adj. **azerbaijano.**

azerbaijano, na. adj. Natural de Azerbaiján. Ú. t. c. s. || **2.** Perteneciente a esta república de la Unión Soviética.

azerbaiyanés, sa. adj. **azerbaijano.**

azerbaiyano, na. adj. **azerbaijano.**

babosear. ... || **2.** intr. fig. y fam. [Enmienda.] Obsequiar a una mujer con exceso.

baboso, sa. ... || **4 bis.** Adulador, pelotillero. Ú. t. c. s.

cabotaje. ... || **4.** *Argent.* Transporte aeronáutico por remuneración, efectuado entre puntos de un mismo Estado.

carrera. ... || **12 bis.** Línea regular de navegación.

cenestesia. [Enmienda.] ... Sensación general de la existencia y del estado del propio cuerpo, independiente de los sentidos externos, y resultante de la síntesis de las sensaciones, simultáneas y sin localizar, de los diferentes órganos y singularmente los abdominales y torácicos.

cinéfilo, la. adj. Dícese de la persona aficionada al cine. Ú. t. c. s.

colmena. [Enmienda a la etimología.] (Del lat. *crumena*, especie de saco.)

colonia¹. ... || **6.** [Enmienda.] Territorio dominado y administrado por una potencia extranjera.

comando. ... || **3.** Grupo armado de terroristas.

combluezo. [Enmienda.] (Del lat. **convortium*, del mismo grupo que *divortium*.) m. p. us. ...

comedia. ... || **cinematográfica.** La que, generalmente con argumento basado en la vida moderna, se realiza por medio del cine. || **de capa y espada.** [Enmienda.] En el teatro del siglo XVII, la de lances caballerescos de su tiempo. || **de carácter.** [Enmienda.] Aquella cuyo fin principal es el de resaltar tipos

humanos. || **de costumbres.** [Enmienda.] La que describe, generalmente con intención correctora, los actos y usos de la vida social. || **de enredo.** [Enmienda.] La de trama ingeniosa, intrincada y sorprendente. || **de figurón.** [Enmienda.] Variedad de la de carácter que, en el teatro español del siglo XVII, presentaba un protagonista ridículo o pintoresco. || **de magia.** [Enmienda.] La que presentaba abundantes efectos irrales por medio de su complicada tramoya, generalmente atribuidos a un taumaturgo. || **del arte.** La originada en Italia, en el siglo XVI, cuyos personajes fijos (Arlequín, Colombina, Pantalón, etc.) improvisaban la acción y el diálogo. || **dramática.** Aquella en que los aspectos infaustos dominan en algunas situaciones o en su desenlace. || **heroica.** [Suprímese.] || **musical.** Obra musical con partes cantadas y bailadas, creada y muy difundida en Norteamérica. || **nueva.** La que en Grecia antigua se originó como reacción frente a la comedia tradicional de Aristófanes y cuyos moldes se han mantenido básicamente hasta la actualidad. || **satírica.** La que, con intención crítica y mordaz, ridiculiza a personajes, situaciones y costumbres. || **togada.** [Enmienda.] La comedia latina de asunto romano. || **alta comedia.** La que presenta situaciones urbanas contemporáneas y relativas a la aristocracia o la alta burguesía.

corredor, ra. ... || **9 bis. pasillo,** camino aéreo.

cuadro, dra. ... || **17. Mil** [Enmienda.] En el ejército, y, por ext., en empresas, la administración pública, etc., conjunto de mandos.

cuark. m. Fís. quark.

chafarrocas. m. Pez marino teleósteo de pequeño tamaño, rostro alargado y puntiagudo, cuerpo oblongo y aplanado, que se adhiere a las rocas por sus aletas pectorales y abdominales convertidas en ventosas. En el Mediterráneo existen dos especies.

chape. [Suprímese:] *Argent.*

chapeca. f. rur. O. de la Argent. Trenza de pelo. || **2. rur. O. de la Argent.** Ristra de ajos.

chingua. (Del quichua *chihua*, trenza de pelo.) f. *Col.* Rollo de fique destinado a la venta. | **2. Col. fig.** Trenza de pelo.

decémero, ra. [Enmienda.] **decémero, ra** o **dequémero, ra. ...** || **2.** Que dura diez días.

delfinario. (Del ingl. *dolphinarium*.) m. Edificio destinado a la exhibición de delfines vivos.

descolonización. f. Supresión de la condición colonial de un territorio.

desgrasante. adj. Arq. Dícese de cualquier aditivo de los que se emplean para hacer más maleable la arcilla. Ú. t. c. s.

distribución. ... || 4. Com. Reparto de un producto a los locales en que debe comercializarse.

edredón. [Enmienda a la etimología.] (Del fr. *édredon*, y este del nórd. *eiderdun*, plumón de cierto pato salvaje.)

embridar¹. [Enmienda] **embridar.** ... || 2 bis. [Pasa aquí la acepción de **embridar**².] Poner brida o bridas a los tubos.

embridar². [Suprímese.]

engañar. [Enmienda a la etimología.] (Del lat. **ingannare*, burlar.)

equidna. [Enmienda a la etimología.] (Cruce del gr. *exidva*...).

ergonomista. com. Persona especializada en ergonomía.

ergónomo, ma. m. y f. Persona especializada en ergonomía.

ergoterapia. f. Método curativo que utiliza el trabajo manual para la reeducación de los enfermos o impedidos, para su inserción en la vida social.

espacio. ... || **exterior.** El **espacio** cósmico que se encuentra más allá de la atmósfera terrestre.

-fagia. (Del gr. *Oáyomal*, comer.) Elemento compositivo que entra pospuesto en la formación de algunas voces españolas con el significado de “comer, tragar”.

fértil. ... || 3. Aplicado a personas o animales, capaz de reproducirse.

fertilidad. ... [Enmienda.] f. Calidad de fértil.

fitoterapeuta. com. Persona especializada en fitoterapia.

fitoterapia. (De *fito-* y *-terapia*.) f. *Med.* Tratamiento de las enfermedades mediante plantas o sustancias vegetales.

flaccidez. ... || 3. *Zool.* Enfermedad epidémica mortal del gusano de seda.

fumífugo, ga. adj. Que extingue el humo.

garita. ... || 4. [Enmienda.] desus. En los retretes, cada cuarto con asiento.

gemoterapia. (Del lat. *gemma*, yema, y *-terapia*.) f. *Med. y Farm.* Utilización médica de las yemas o tejidos embrionarios vegetales.

geostacionario, ria. adj. Relativo a cualquier satélite artificial que viaja de oeste a este a una altura superior a los 35.000 kilómetros sobre el ecuador y a la misma velocidad que la rotación de la Tierra, por lo que parece que está siempre en el mismo sitio.

geofagia. (De *geo-* y *-fagia*.) f. Hábito morboso de comer tierra o sustancias similares no nutricias.

geotecnia. (De *geo-* y *-tecnia*.) f. *Ingen.* **geotécnica.**

geotécnica. (De *geo-* y *técnica*.) f. *Ingen.* Aplicación de métodos científicos y principios de ingeniería a los problemas de ingeniería civil mediante la adquisición, interpretación y utilización de los conocimientos de materiales existentes en la corteza terrestre.

geotécnico, ca. adj. Perteneciente o relativo a la geotécnica.

geropsiquiatría. (Del gr. *yépwv*, *yépowcos*, anciano, y *psiquiatría*.) *Med.* **psicogeriatría.**

geropsiquiátrico, ca. adj. Perteneciente o relativo a la geropsiquiatría.

gilí. ... [Añádese:] Ū. t. c. s.

gilipollas. adj. **gilí**, tonto, lelo. Ū. t. c. s.

gilito. [Enmienda.] (Del nombre *Gil*.) adj. Dícese del fraile franciscano descalzo del convento de San Gil, que existió en Madrid, cerca del real Alcázar, hasta la época de Bonaparte. Ū. t. c. s.

gracia. ... || **11 bis.** *Col.* Proeza, hazaña, mérito. *La gracia de Lindbergh fue cruzar el Atlántico sin copiloto.*

hachazo. ... || **4.** *Argent.* Golpe violento dado de filo con arma blanca. || **5.** *Argent.* La herida y cicatriz así producida.

heroico, ca. ... || **4.** [Se suprime.]

idolejo. [Se suprime.]

ídolo. ... || **2.** fig. [Enmienda.] Persona o cosa excesivamente amada o admirada.

implementar. tr. *Inform.* Poner en funcionamiento, aplicar métodos, medidas, etc., para llevar algo a cabo.

- inmune.** ... || **3.** *Biol.* Perteneciente o relativo a las causas, mecanismos o efectos de la inmunidad.
- inmunidad.** ... || **3.** [*Enmienda.*] *Biol.* y *Med.* Estado de resistencia, natural o adquirida, que poseen ciertos individuos o especies frente a determinadas acciones patógenas de microorganismos o sustancias extrañas. || **4.** *Biol.* Fenómeno caracterizado por la exaltación de la respuesta a un antígeno determinado.
- intermareal.** adj. Situado entre los límites de la bajamar y la pleamar.
- intradérmico, ca.** adj. Dícese de lo que está o se pone en el interior de la piel.
- intricado, da.** p. p. de **intricar.** || **2.** adj. Enredado, intrincado.
- jineteada.** f. *Argent.* Acción y efecto de jinetear. || **2.** *Argent.* Fiesta de campo donde los jinetes exhiben su destreza.
- jinetear.** [*Se añade al final de la 1ª acepción:*] Ú. t. c. tr. || ... || **3.** *Argent.* Montar potros luciendo el jinete su habilidad y destreza.
- labio.** ... [*Enmienda a la 1ª acepción.*] Cada uno de los rebordes exteriores carnosos y móviles de la boca de los mamíferos, cuya función primordial es facilitar la succión de la leche. En el hombre cubren la dentadura. [*Suprímese:*] Se llaman **superior** e **inferior.** || ... || **vaginal.** *Anat.* Cada uno de los dos pares de repliegues cutáneos de la vulva.
- lápade.** [*Suprímese.*]
- lisina.** ... [*Enmienda.*] Anticuerpo que posee ...
- lujero.** m. *And.* Timón del arado.
- marmotera.** f. *And.* Broza que arrastra el agua de las acequias.
- mesoterapia.** (Del gr. Mévos, medio, por practicarse en el mesodermo, y *-terapia.*) f. *Med.* Tratamiento de las enfermedades mediante múltiples inyecciones intradérmicas, de pequeñas dosis de distintos medicamentos, practicadas en la región afecta.
- microsporidio.** (De *micro-* y el gr. omópos, semilla, con el suf. d. -llov.) m. *Zool.* Subtipo de protozoos intracelulares, de tamaño muy pequeño, con esporas minúsculas, las cuales son parásitos que están muy extendidos e infestan desde los protozoos a los vertebrados, y causan graves epizootias en insectos, crustáceos y peces.

- mínima.** ... || **2.** [Enmienda.] desus. **Mús. blanca.**
- mundo.** ... || **tercer mundo.** Conjunto de los países que sufren subdesarrollo.
- neuroepidemiología.** f. *Med.* Ciencia que estudia las epidemias de enfermedades del sistema nervioso.
- nictagíneo, a.** [Enmienda a la etimología.] (De *nyctago*, ...)
- nictitante.** [Enmienda a la etimología.] (Del lat. *nictitare* de *nictare*, guiñar.)
- ninivita.** [Enmienda a la etimología.] (Del lat. *Ninivita*.)
- norcoreano, na.** adj. Natural de Corea del Norte. Ū. t. c. s. || **2.** Perteneciente o relativo a este territorio de Asia.
- norirlandés, sa.** adj. Natural de Irlanda del Norte. Ū. t. c. s. || **2.** Perteneciente o relativo a este territorio.
- osteopatía.** (Del gr. *ὀστέον*, hueso, y *-patía*.) f. *Med.* Término general para las enfermedades óseas. || **2.** Terapéutica que atribuye gran importancia a las funciones mecánicas del organismo y que utiliza ampliamente las manipulaciones, sin dejar de aceptar los principios de la medicina y la cirugía clásicas.
- pachiquil.** m. N. de la *Argent. rodete*, rosca que se pone en la cabeza para cargar sobre ella algún peso. || **2.** N. de la *Argent.* Lío o atado de cosas. || **3.** N. de la *Argent.* fig. Enredo, intriga entre personas en procura de beneficios propios.
- paisajista.** ... [Se suprime del final:]. com. || **2.** Dícese del especialista en la creación de parques y jardines y también en la planificación y conservación del entorno natural de acuerdo con las necesidades de la comunidad. Ū. t. c. s.
- pasillo.** ... || **1 bis.** Camino aéreo que se asigna a los aviones en sus desplazamientos regulares.
- pebrina.** (Del prov. mod. *pebrino*, y este de *pebre*, pimienta, por alusión a las manchas negruzcas de la piel del gusano enfermo.) f. Enfermedad epidémica mortal del gusano de seda producida por un microsporidio.
- pediculicida.** (Del lat. *pediculus*, piojo, y *-cida*.) adj. Dícese del producto químico que sirve para matar los piojos. Ū. t. c. s.
- penacho.** ... || **3 bis.** Masa de aire sobresaturado de vapor de agua y que contiene a menudo contaminantes sólidos, líquidos o gaseosos, vertida a la atmósfera por una instalación industrial.

- penalti.** (Del ingl. *penalty*.) m. En el fútbol y otros deportes, máxima sanción que se aplica a ciertas faltas del juego cometidas por un equipo dentro de su área. || **casarse de penalti.** fr. fam. Casarse por quedar embarazada la mujer.
- percusionista.** com. Persona que ejerce o profesa el arte de tocar instrumentos de percusión.
- pez¹.** ... || **de pega. chafarrocas. psicogeriatría.** f. *Med.* Ciencia que trata de las funciones mentales de los ancianos.
- psicogerítrico, ca.** adj. Perteneciente o relativo a la psicogeriatría.
- psicopediatría.** f. *Med.* Ciencia que trata de las funciones mentales de los niños.
- psicopediátrico, ca.** adj. Perteneciente o relativo a la psicopediatría.
- quark.** m. *Fís.* Tipo teórico de partículas elementales con las que se forman otras partículas, como son el nucleón y el mesón. No hay evidencia experimental de su existencia aislada.
- régimen.** ... || **6.** *Tecnol.* Estado de una máquina o dispositivo cuando funciona de un modo regular y permanente.
- runa¹.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del ant. nórd. *rún.*, pl. *rúnar*, secreto, misterio, consejo secreto.)
- saltar.** ... || **15.** [*Enmienda.*] Cubrir el macho a la hembra, dicho de varias especies de animales.
- sericícola.** (Del lat. *sericum*, seda, y *colere*, cultivar.) Perteneciente o relativo a la sericultura.
- servicio.** ... ||. **telex.** [*Se suprime.*]
- sotabanco.** ... || **3.** *Arq.* **predela.**
- subliminal.** adj. [*Enmienda.*] Dícese de la idea, emoción o sensación que por demasiado débiles, o por otras causas, no llegan a ser percibidas por la conciencia.
- sudamericano, na.** [*Enmienda.*] adj. **suramericano.**
- surcoreano, na.** adj. Natural de Corea del Sur. Ú. t. c. s. || **2.** Perteneciente o relativo a este territorio de Asia.
- télex.** ... [*Enmienda.*] m. Sistema telegráfico internacional por el que se comunican sus usuarios, que cuentan con un transmisor semejante a una máquina de escribir, y un receptor que imprime el mensaje recibido. || **2.** Mensaje transmitido por el sistema télex.

tercer. ... || **2. V. tercer mundo.**

tercermundismo. m. Condición de tercermundista.

tercermundista. adj. Perteneciente o relativo al tercer mundo.

uniata. adj. *Rel.* Dícese del cristiano griego que reconoce la supremacía del Papa. Pertenece a la iglesia católica a pesar de sus ritos, lengua litúrgica y disciplina, especialmente en lo referente al matrimonio de los sacerdotes. Ú. t. c. s.

vaquear. ... || **2. Argent.** Cazar ganado salvaje, práctica propia de los primeros tiempos de la ganadería argentina.

vaquería. ... || **3. Argent.** Durante la primera época colonial argentina, batida del campo para cazar el ganado salvaje.

viajar. ... || **2.** Desplazarse un vehículo siguiendo una ruta o trayectoria. *Los cohetes viajan a gran velocidad.*

zooftirio. [*Enmienda a la etimología.*] (De zoo- y el lat. científico *phtirius*, der. del gr. Qoeíp, piojo.)

Madrid, 31 de marzo de 1988.

El Secretario.